EL LIBRO DE SARA

Éste es un libro inspirado e inspirador sobre el viaje de una niña hacia la felicidad infinita. Sara es una niña de diez años tímida y reservada que no se siente feliz. Tiene un hermano odioso que no deja de atosigada, unos compañeros de escuela cruel e insensible y ella mantiene una actitud apática con respecto a sus estudios. En suma, representa a un gran número de niños de nuestra sociedad actual. Cuando leí este libro por primera vez, me chocaron las similitudes entre Sara y mi hija de diez años. Sara constituye una mezcla de todos los niños.

Sara quiere sentirse satisfecha y feliz y llevarse bien con todo el mundo, pero cuando mira a su alrededor no encuentra motivos para sentirse de ese modo. La situación cambia cuando conoce a Salomón, un sabio y viejo búho que le enseña a ver las cosas de otra manera a través de los ojos del amor incondicional. Enseña a Sara a permanecer siempre en una atmósfera de energía pura y positiva. Por primera vez, Sara comprende quién es en realidad y el ilimitado potencial que posee. Tú, como lector, comprenderás que este libro es mucho más que un cuento infantil. Es una pauta para alcanzar la alegría y la felicidad que te corresponden por derecho propio.

Desde que mi familia y yo leímos este libro no hemos vuelto a ser los mismos. Quizá fue mi marido quien se sintió más conmovido por él. Aseguró que le había producido un impacto tremendo y que desde que lo había leído contemplaba la vida con otros ojos. Es como si uno hubiera sido miope toda su vida y de pronto se pusiera unas gafas. Todo adquiere una extraordinaria claridad.

No puedo expresar todas las maravillosas cualidades que posee este libro, capaz de transformar tu vida. Tú, lector, compartirás los altibajos de Sara durante su viaje a un estadio superior de satisfacción y comprenderás que existe una Sara en todos nosotros. Si pudieras adquirir tan sólo un libro, te recomendaría sin dudado que compraras éste. ¡No te arrepentirás! (Para personas de todas las edades.)

Por Denise Tarsitano en la «Rising Star Series»

Prefacio

«La gente prefiere el entretenimiento a la información», parece ser que observó el eminente editor William Randolph Hearst. En tal caso, informar de modo entretenido sería el sistema más eficaz de transmitir información, incluso una información de gran valor personal.

El libro de Sara consigue entretener e informar al tiempo que penetra en ti -según tu capacidad de asimilación- a través del proceso de traducción del pensamiento universal de Esther y su ordenador. Los torrentes de impecable sabiduría y amor incondicional, deliciosamente transmitidos por el divertido y emplumado mentor de Sara, se combinan con las instructivas experiencias de Sara con su familia, compañeros, vecinos y maestros para proporcionarte una nueva conciencia de tu estado natural de bienestar. Para que comprendas que en realidad todo va bien.

Piensa en quién eres y por qué estás aquí mientras te propones leer este libro, y luego, tras completar tu primera lectura reflexiva del mismo, toma nota de lo mucho y rápidamente que has avanzado hacia lo que es Importante para ti.

Como resultado de las perspectivas más claras que alcanzarás a través de la lectura de esta breve, sencilla y estimulante novela, experimentarás un increíble nivel de alegría y felicidad.

PRIMERA PARTE

Sara y la amistad eterna entre aves del mismo plumaje

CAPÍTULO UNO

Sara arrugó el ceño mientras permanecía acostada en su cálido lecho, disgustada por haberse despertado. Aunque todavía no había amanecido, sabía que era hora de levantarse. Odio estos días de invierno tan cortos, pensó Sara, ojala pudiera quedarme en la cama hasta que saliera el sol.

Sara sabía que había soñado. Era un sueño muy agradable, pero no tenía remota idea de lo que significaba.

No quiero despertarme todavía, pensó mientras trataba de adaptarse a la fría e ingrata mañana invernal después del grato sueño que había tenido. Se arrebujó en su cálido lecho y aguzó el oído para comprobar si su madre ya se había levantado y andaba trajinando por la casa. Luego se tapó la cabeza con las mantas y cerró los ojos, tratando de recordar un fragmento del agradable sueño del que se había despertado. Era tan delicioso que deseaba seguir recordándolo.

Vaya, tengo que ir al baño. Si me quedo quietecita, quizá se me pasen las ganas.

Sara cambió de postura, tratando de postergar lo inevitable. Esto no funciona. Bueno, me levantaré. Otro día. Qué le vamos a hacer.

De puntillas, Sara se dirigió por el pasillo hacia el baño, procurando sortear las tablas del suelo que crujían, y cerró la puerta sin hacer ruido. Decidió esperar un poco a tirar de la cadena del retrete para disfrutar de la maravillosa sensación de estar despierta y a solas. Otros cinco minutos de paz y tranquilidad, pensó.

-¿Sara? ¿Estás levantada? ¡Ven a ayudarme!

-Qué más da que tire o no de la cadena -murmuró Sara-o ¡Un momento, ya voy! -respondió a su madre.

No entendía cómo se las arreglaba su madre para saber lo que hacían todos en cada momento en la casa. Debe de tener aparatos de vigilancia en cada habitación, pensó con fastidio. Sabía que eso no era cierto, pero había caído en un estado anímico negativo y no podía evitarlo.

Dejaré de beber agua antes de acostarme. O mejor aún, a partir del mediodía no beberé nada. Entonces, cuando me despierte, podré quedarme acostada y pensar, a solas, sin que nadie se dé cuenta de que estoy despierta.

Me pregunto a qué edad deja uno de disfrutar de sus pensamientos. Sé que eso ocurre, porque las personas no callan nunca. No pueden escuchar sus pensamientos, porque siempre están hablando, o mirando la televisión, y lo primero que hacen cuando se suben al coche es poner la radio. Parece como si no les gustara estar a solas. Siempre quieren estar con otra gente. Quieren ir a una reunión, al cine, a un baile o a ver un partido. En cambio a mí me gustaría cubrirlo todo con un manto de silencio, al menos un ratito, para prestar atención a mis pensamientos. Me pregunto si es posible estar despierta sin que me bombardee el ruido de otras personas.

Fundaré un club. Gente contra ERDOP (el ruido de otras personas). Lista de requisitos para ser socio: Los demás te pueden caer bien, pero no es necesario que hables con ellos. Te puede gustar observar a los demás, pero no es necesario que expliques a nadie lo que has visto. Tiene que gustarte estar a solas, para pensar tranquilamente. Puedes querer ayudar a los demás, pero sin pasarte, porque es una trampa que acabará contigo. Si demuestras demasiadas ganas de ayudar, estás perdido. Te agobiarán con sus ideas, y tienes que disponer de tiempo para pensar en ti mismo. Tienes que procurar no llamar la atención y observar a los demás, sin que los demás se fijen en ti.

Me pregunto si alguien querrá ser socio de mi club. ¡No, eso lo arruinaría! ¡Mi club consiste en no necesitar ningún club! Consiste en que mi vida sea lo suficientemente importante, interesante y divertida como para que yo no necesite a nadie más.

--¡Sara!

Sobresaltada, Sara pestañeó al percatarse de que estaba delante del lavabo del baño, mirándose en el espejo con aire ausente, moviendo el cepillo de dientes distraídamente dentro de su boca.

-¿Vas a quedarte ahí todo el día? ¡Date prisa, que hay mucho que hacer!

CAPÍTULO DOS

-¿Querías decir algo, Sara?

Sara se sobresaltó al oír al señor Jorgensen pronunciar su nombre.

-Sí, señor. ¿Sobre qué, señor? -balbuceó mientras los otros veintisiete alumnos de la clase se reían.

Sara no entendía por qué les divertía tanto a sus compañeros el que otro metiera la pata, pero siempre se ponían a reír estrepitosamente, como si hubiera ocurrido algo verdaderamente cómico. ¿Qué tiene de cómico el que uno se sienta avergonzado? Sara no conocía la respuesta a esa pregunta, pero no era el momento de pensar en ello, porque el señor Jorgensen seguía plantado junto a ella, haciendo que se sintiera increíblemente avergonzada mientras sus compañeros observaban la escena con evidente regocijo.

-¿Puedes responder a mi pregunta, Sara? Más risas. ('Cuándo acabará este suplicio? -Levántate, Sara, y danos tu respuesta.

¿Por qué se ensaña conmigo? ¿Tan importante es que responda a esa pregunta?

Cinco o seis niños, los sabihondos de la clase, se apresuraron a levantar la mano para dejar a Sara en ridículo.

-No, señor -musitó Sara, hundiéndose en su asiento.

-¿Qué has dicho, Sara? -preguntó el maestro con aspereza.

-He dicho que no, señor, que no sé la respuesta a esa pregunta -contestó Sara levantando más la voz. Pero el señor Jorgensen no había terminado aún con ella.

-¿Sabes la pregunta, Sara?

La niña se sonrojó abochornada. No tenía la más resmota idea de cuál era la pregunta. Había estado absorta en sus pensamientos, en su propio mundo.

-¿Me permites que te de un consejo, Sara?

Sara no levantó la vista, porque sabía que tanto si se lo permitía como si no el señor Jorgensen soltaría lo que quería decide.

-Te aconsejo, señorita, que dediques más tiempo a pensar en las cosas importantes que comentamos en clase en lugar de distraerte mirando por la ventana y

pensando en tonterías. Procura asimilar las lecciones con esa cabeza de chorlito que tienes.

Más risotadas.

¿Cuándo se acabará la clase?

En aquel momento sonó, por fin, el timbre.

Sara echó a andar lentamente hacia su casa, observando cómo sus botas rojas se hundían en la nieve. Se alegraba de que nevara. Se alegraba de estar tranquila y a solas. Se alegraba de tener la oportunidad de enfrascarse en la privacidad de sus pensamientos durante la caminata de tres kilómetros a casa.

Observó que el lecho del río debajo del puente de la calle Mayor estaba casi completamente cubierto de hielo y pensó en bajar a comprobar el grosor del hielo, pero decidió dejado para otro día. Contempló el agua que fluía debajo de la capa de hielo y sonrió al pensar en los numerosos rostros que mostraba el río a lo largo del año. Lo más divertido del trayecto a casa era atravesar el puente tendido sobre el río. Siempre ocurría algo interesante en ese lugar.

Después de cruzar el puente, Sara alzó la vista por primera vez desde que había salido del patio de la escuela y sintió cierta tristeza al pensar que sólo faltaban dos manzanas para que su apacible caminata a casa concluyera. Aminoró el paso para saborear la paz que había recuperado, tras lo cual se volvió y caminó unos metros hacia atrás, contemplando de nuevo el puente.

-¡Paciencia! --dijo Sara suspirando suavemente al enfilar el camino de grava de su casa. Se detuvo en los escalones de entrada para desprender un trozo grande de hielo con la bota y lo lanzó de un puntapié sobre un montón de nieve. Luego se quitó las botas mojadas y entró en casa.

Sara cerró la puerta sigilosamente y colgó su grueso y empapado abrigo en el perchero, procurando hacer el menor ruido posible. No se parecía en nada a los otros miembros de su familia, que al entrar gritaban a voz en cuello: «j Ya estoy aquí!» Me gustaría ser una ermitaña, pensó al atravesar la salita de estar para dirigirse a la cocina. Una ermitaña tranquila y feliz, que Piensa, que habla o no dice nada, que elige ella misma todo lo que quiere hacer cada día de su vida. ¡Sí!

CAPÍTULO TRES

De lo único que Sara era consciente, mientras yacía de espaldas en el suelo cubierto de barro, frente a su taquilla, era de que el codo le dolía mucho.

Caerse siempre produce una conmoción. Ocurre en un abrir y cerrar de ojos. Te diriges apresuradamente a ocupar tu pupitre en la clase antes de que suene el timbre, cuando de pronto das un traspiés y te encuentras tumbada boca arriba en el suelo, inmóvil, sorprendida y con todo el cuerpo molido. Y lo peor que puede pasarte es caerte en la escuela, delante de todos.

Al alzar los ojos Sara vio un mar de rostros que la observaban con expresión divertida, sonriendo despectivamente, riendo disimuladamente o carcajeándose de ella. ¡Como si a ellos no les hubiera ocurrido nunca nada parecido!

Después de darse cuenta de que no existía nada tan divertido como un hueso roro o una herida sangrando, o una víctima retorciéndose de dolor, la multitud se dispersó y los morbosos compañeros de Sara regresaron a sus respectivas aulas.

Un brazo enfundado en un jersey azul se inclinó sobre ella y una mano le tomó la suya para ayudada a incorporarse al tiempo que la voz de una niña le preguntaba:

-¿Estás bien? ¿Quieres levantarte?

No, pensó Sara, quiero esfumarme, pero como eso era imposible y la multitud de curiosos ya se había dispersado, sonrió tímidamente mientras Ellen la ayudaba a ponerse de pie.

Sara nunca había hablado con Ellen, aunque la había visto por los pasillos de la escuela. Ellen iba dos cursos más adelantada que Sara y hacía sólo un año que estudiaba en su escuela.

En realidad, Sara apenas sabía nada sobre Ellen, pero era normal. Los niños mayores no se trataban con los más pequeños. Existía una ley no escrita al respecto. Pero Ellen sonreía siempre, y aunque tenía pocos amigos y casi siempre andaba sola, parecía feliz. Quizás era por eso que Sara se había fijado en ella. Sara también era una niña solitaria. Prefería andar sola.

-Cuando llueve estos suelos se ponen muy resbaladizos -comentó Ellen-. Lo raro es que no se caiga más gente aquí.

Todavía un poco aturdida, y tan avergonzada que apenas podía articular palabra, Sara no prestó atención a las palabras que pronunciaba Ellen, pero el tono de su voz le hizo sentirse mejor.

A Sara le chocó comprobar que se sentía tan impresionada por otra persona. Era raro que prefiriera las palabras pronunciadas por otra persona a la paz que le producía sumirse en sus propios pensamientos. Sí, era una sensación muy extraña.

-Gracias -murmuró Sara mientras trataba de quitarse el barro que tenía adherido a la falda. -Cuando se seque tendrá mejor aspecto -comentó Ellen.

A Sara volvió a impresionarle no lo que dijo Ellen, unas palabras normales y corrientes, sino la forma en que las había dicho.

La voz sosegada y clara de Ellen alivió un poco la sensación de tragedia y trauma que padecía Sara, eliminando su enorme bochorno y dándole renovada energía. En realidad no importa -respondió Sara-o Más vale que nos apresuremos si no queremos llegar tarde.

Cuando ocupó su pupitre -con el codo dolorido, con la ropa manchada, los cordones de los zapatos desatados y el pelo lacio y castaño cayéndole desordenado sobre los ojos- se sintió mejor de lo que jamás se había sentido en clase. No era lógico, pero era así.

Aquel día, la caminata de regreso a casa después de clase fue distinta. En lugar de enfrascarse en sus apacibles pensamientos, sin apenas fijarse en nada salvo el estrecho sendero que discurría ante ella en la nieve, Sara se sentía pletórica de energía y animada. Como le apetecía cantar, se puso a cantar. Avanzaba alegremente por el camino tarareando una conocida canción y observando a las gentes del pequeño pueblo ocupándose de sus quehaceres.

Al pasar frente al único restaurante del pueblo, a Sara se le ocurrió detenerse para merendar después de clase. A menudo le bastaba con comerse un donut cubierto de chocolate, un cucurucho de helado o una pequeña porción de patatas fritas para distraerse unos momentos y dejar de pensar en la larga y monótona jornada que había pasado en la escuela...

Todavía me queda toda la paga semanal, pensó Sara, deteniéndose en la acera frente al pequeño café, dudando si entrar. Por fin decidió no hacerlo, recordando las palabras que su madre le repetía con frecuencia: «Si meriendas se te quitarán las ganas de cenar».

Sara no comprendía esas palabras, porque siempre tenía ganas de comer cuando le ofrecían algo que estaba rico. Sólo cuando la comida no tenía un aspecto apetecible, o, peor aún, cuando no olía bien, encontraba algún pretexto para rechazada o comer sólo un par de bocados. Yo creo que son los otros los que me quitan las ganas de

comer, pensó Sara, sonriendo mientras reemprendía el camino hacia su casa. De todos modos hoy no necesitaba nada, porque todo iba como la seda en el mundo de Sara.

CAPÍTULO CUATRO

Sara se detuvo en el puente de la calle Mayor, para comprobar si el hielo que cubría el río tenía el suficiente grosor para atravesado a pie. Vio unas pocas aves posadas sobre el hielo y las huellas de un perro grande en la nieve que lo cubría, pero observó que la capa de hielo aún no era lo bastante gruesa para soportar su peso, cargada como iba con su pesado abrigo, sus botas y su voluminosa cartera llena de libros. Más vale que espere un poco, pensó mientras contemplaba el río helado a sus pies.

Asomada sobre el hielo, apoyada en la herrumbrosa barandilla que creía que había sido instalada allí para su uso y disfrute, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo, Sara decidió quedarse un rato admirando el espléndido río. Depositó la cartera a sus pies y se apoyó contra la herrumbrosa barandilla de metal, su lugar favorito.

Descansando apoyada en la barandilla, disfrutando del paisaje, Sara sonrió al recordar el día en que el camión cargado de heno del señor Jackson transformó una parte de la vieja barandilla en un magnífico observatorio, cuando el señor Jackson pisó bruscamente el freno en la carretera húmeda Y helada para evitar atropellar a Harvey, el perro salchicha de la señora Peterson. Todos los habitantes de la población comentaron durante meses el episodio, recalcando la suerte que había tenido el señor Jackson de que su camión no se precipitara en el río. A Sara le chocaba la manía que tenía la gente de exagerar las cosas y hacer que parecieran mas serias de lo que eran en realidad. Si el camión del señor Jackson se hubiera precipitado al río, la situación habría sido muy distinta. Estaría justificado el follón que se había armado. O bien si el señor Jackson se hubiera caído al río y se hubiera ahogado, habrían tenido motivos de hablar sobre el asuntó. Pero el señor Jackson no se había caído al río. Por lo que sabía Sara, no había ocurrido nada grave. El camión no había sufrido daños. El señor Jackson tampoco se había lastimado. Harvey se había llevado un buen susto y su dueña no lo dejó salir de casa durante varios días, pero no le había pasado nada. A la gente le gusta preocuparse porque si pensó Sara. Pero le entusiasmó descubrir el nuevo observatorio sobre el río. Debido al impacto, los grandes y recios postes de acero habían quedado combados, formando una especie de plataforma sobre el agua. Era tan perfecta, que parecía construida expresamente para satisfacer Y alegrar a Sara.

Apoyada en la barandilla, contemplando el río aguas abajo, Sara observó el gigantesco tronco que flotaba en la superficie, lo cual también le hizo sonreír. Otro «accidente" que le venía de perilla.

Una fuerte ventolera había dañado una de los grandes árboles que crecían en una de las orillas del río. De modo que el agricultor dueño del terreno había reunido a unos voluntarios de la población Y habían podado todas las ramas del árbol, antes de talarlo. Sara no entendía por qué se había organizado aquel revuelo. A fin de cuentas, se trataba tan sólo de un inmensa y vetusto árbol.

Su padre no la había dejado aproximarse lo suficiente para oír lo que decían los hombres, pera Sara había oído comentar a uno de ellos que les preocupaba que el tendido eléctrico estuviera cerca del árbol. Pero en esos momentos las grandes sierras mecánicas habían empezado a funcionar y el ruido había impedido a Sara oír el resto de la conversación, de modo que había seguido observando a cierta distancia el gran acontecimiento, junto con la mayoría de habitantes del pueblo.

De pronto las sierras mecánicas enmudecieron y Sara oyó gritar a alguien: « ¡Dios mío! ¡NO!" La niña recordó que se había tapado los oídos Y había cerrado los ojos. Cuando el gigantesco árbol cayó, tuvo la sensación de que un terremoto había sacudido el pueblo, pero al abrir los ojos emitió una exclamación de gozo al contemplar el perfecto puente creado por el tranco que comunicaba los pequeños senderos situados a ambos lados del río.

Mientras Sara gozaba admirando el paisaje desde su nido de metal, respiró hondo, deseando aspirar el maravilloso olor del río. Se sentía como hipnotizada. Los aromas, el sonido Constante y sistemático del agua... Me encanta este viejo río, pensó sin apartar la Vista del enorme tronco que atravesaba el río aguas abajo.

A Sara le encantaba extender los brazos para mantener el equilibrio y tratar de atravesar el tronco lo más rápidamente posible. No sentía temor alguno, pero tenía siempre presente que el menor resbalón podía hacer que cayera al río. Además, cada vez que pasaba sobre el tronco oía la advertencia de su madre resonando inoportunamente en su cabeza: « ¡No te acerques al río, Sara! ¡Podrías ahogarte!»

Pero Sara apenas prestaba atención a esas palabras, porque sabía algo que su madre ignoraba. Sabía que no podía ahogarse.

Tranquila y en paz con el mundo, Sara siguió apoyada en su observatorio particular recordando lo que había ocurrido dos veranos antes al atravesar ese tronco. Había sucedido a última hora de la tarde, cuando Sara había terminado todas sus tareas y había bajado al río. Después de permanecer un rato contemplando el paisaje desde su plataforma de metal, había echado a andar por el sendero hasta alcanzar el tronco. El nivel del río, muy crecido debido a la nieve fundida, era más elevado que de costumbre y el agua casi cubría el tronco. Sara había dudado en atravesar el río sobre el tronco. Pero luego, impulsada por un caprichoso entusiasmo, había decidido atravesar el precario puente. Al alcanzar aproximadamente la mitad del mismo, se había detenido y se había girado unos instantes, con ambos pies apuntando aguas abajo, oscilando ligeramente, pero enseguida había recuperado el equilibrio y el entusiasmo. De improviso había aparecido Fuzzy, el chucho sarnoso de los Pittsfield, corriendo a través del puente, saludándola con unos alegres ladridos y chocando con ella con tal fuerza que la había arrojado a las tumultuosas aguas.

¡Estoy perdida!', había pensado Sara. ¡Tal como me había advertido mi madre, moriré ahogada! Pero los hechos se habían sucedido con demasiada rapidez no dándole tiempo a entretenerse en esas reflexiones. De pronto la niña se había encontrado flotando asombrosa y maravillosamente en el río boca arriba, contemplando una de las vistas más espléndidas que jamás había visto.

Había paseado por las orillas centenares de veces, pero era una perspectiva distinta de cuanto había contemplado hasta esa fecha. Deslizándose suavemente sobre ese increíble cojín de agua, Sara había contemplado el cielo azul enmarcado por árboles de formas perfectas, ora abundantes ora escasos, a veces gruesos a veces delgados, que presentaban un sinfín de hermosas tonalidades verdes.

Sara no había reparado en que el agua estaba muy fría, sino que se sentía como si flotara sobre una alfombra mágica, suave y apaciblemente, a salvo.

Durante unos instantes le había parecido que oscurecía. El río la había arrastrado hasta un frondoso bosquecillo, cuyas copas tapaban casi por completo el cielo.

-¡Qué bien! ¡Qué árboles tan fantásticos! -había exclamado Sara en voz alta. Nunca había llegado a pie hasta ese lugar situado río abajo. Eran unos árboles imponentes, frondosos, y algunas de sus ramas se inclinaban hasta casi rozar el río.

En estas vio una rama larga y sólida que parecía inclinarse amistosamente sobre el río como ofreciéndole una mano.

-Gracias, árbol -había dicho Sara dulcemente, ganando la orilla con ayuda de la rama-o Un gesto muy amable por tu parte.

La niña se había detenido en la ribera, aturdida pero eufórica, mientras trataba de orientarse.

-¡Córcholis! -exclamó Sara al divisar el enorme granero rojo de los Peterson. Casi no daba crédito a sus ojos. Tenía la impresión de haber atravesado en un par de minutos casi diez kilómetros de campos y pastizales llevada por el río. Pero no le había importado recorrer a pie esa distancia para regresar a su casa. Embargada por una deliciosa euforia, Sara emprendió el camino de vuelta a casa dando saltos de alegría.

Tan pronto como había conseguido quitarse sus ropas manchadas, las había metido en la lavadora y se había apresurado a llenar la bañera de agua caliente. No vale la pena dar a mamá otro quebradero de cabeza, había pensado. Eso no la tranquilizará.

Sara se había sumergido en el agua caliente, sonriendo, mientras se lavaba para desprenderse del cúmulo de hojas, tierra e insectos de río que tenía adheridos a su pelo castaño y rizado, convencida de que su madre estaba equivocada.

Sara sabía que no se ahogaría nunca.

CAPÍTULO CINCO

-¡Espérame, Sara!

Sara se detuvo en el cruce y esperó a que su hermanito echara a correr hacia ella a toda velocidad.

-¡Ven a verlo, Sara, es increíble!

Seguro, pensó la niña, recordando el último objeto «increíble» que Jason le había mostrado. Era una rata de granero que Jason había capturado con la trampa que él mismo había confeccionado. «La última vez que miré estaba viva», según había asegurado a su hermana. En dos ocasiones Jason había pillado a Sara desprevenida y había conseguido que mirara dentro de su cartera del colegio, donde la niña había hallado un inocente pajarillo o ratón que había caído fulminado por Jason y sus roñosos compinches, eufóricos e impacientes por utilizar las nuevas carabinas de aire comprimido que les habían regalado en Navidad.

(¿Qué les pasa a los chicos?, se preguntó Sara, aguardando mientras Jason, cansado, aminoraba el paso al ver que su hermana se había detenido para esperarle. (¿Cómo es posible que disfruten lastimando a unos animalitos indefensos? Me gustaría verles caer a ellos en una trampa. No creo que disfrutaran tanto, pensó. Antes, las travesuras de Jason eran menos macabras y a veces incluso divertidas, pero se ha vuelto muy cruel.

Sara aguardó en medio de la tranquila carretera rural a que Jason la alcanzara. Reprimió una sonrisa al recordar otra ingeniosa trastada que había cometido Jason, consistente en apoyar la cabeza sobre el pupitre, ocultando unos relucientes vómitos de consistencia gomosa, para luego alzar la cabeza y mostrar su repugnante «premio» cuando la maestra se había detenido junto a él. La señora Jonson había salido corriendo de la clase en busca del conserje para que limpiara la porquería, pero al regresar Jason le había explicado que lo había limpiando él mismo. La señora Jonson se había sentido tan aliviada que no le había hecho ninguna pregunta. La buena mujer había dado permiso a Jason para marcharse a casa.

A Sara le asombraba la credulidad de la señora Jonson, que ni siquiera se había extrañado de que los vómitos, que presentaban un aspecto fluido y viscoso,

formaran un curioso charquito sobre un pupitre decididamente inclinado. Claro que la señora Jonson no estaba tan acostumbrada a las trastadas de Jason como Sara, y ésta reconocía que su hermano había logrado engañada más de una vez, en los tiempos en que ella era más ingenua, pero ya no lo conseguía. A estas alturas Sara conocía bien a Jason.

-¡Sara! -gritó Jason, excitado y resoplando.

-No hace falta que grites -respondió Sara retrocediendo-o Estoy a medio metro de ti.

-Lo siento. -Jason tragó saliva al tiempo que trataba de recobrar el resuello-o ¡Tienes que venir! ¡Ha vuelto Salomón!

-¿Quién es Salomón? -preguntó Sara, arrepintiéndose en el acto de haberlo preguntado. No quería demostrar ningún interés en el asunto que Jason se llevaba entre manos.

-¡Pues Salomón! ¡Ya conoces a Salomón! ¡Ese enorme pájaro que hay en el Sendero de Thacker!

-No he oído hablar de ningún pájaro gigantesco en el Sendero de Thacker replicó Sara, fingiendo indiferencia-o No me interesan tus estúpidos pájaros, Jason.

-¡No es un estúpido pájaro, Sara, es gigantesco!

Tienes que venir a vedo. Billy dice que es más grande que el coche de su padre. ¡Anda, Sara, ven a vedo! -Es imposible que un pájaro sea más grande que un coche, Jason.

-¡Te aseguro que lo es! ¡Pregúntaselo al padre de Billy! Dijo que un día, al volver a casa en coche, vio una sombra tan grande que pensó que era un avión que pasaba sobre él. Cubría todo el coche. ¡Pero no era un avión, Sara, era Salomón!

Sara reconoció que el entusiasmo de Jason por Salomón empezaba a irritada.

-Iré a vedo otro día, Jason. Tengo que volver a casa.

-¡Ven a vedo, Sara, por favor! Puede que otro día Salomón no esté allí. ¡Tienes que venir ahora!

La insistencia de Jason empezaba a preocupar a Sara. No solía mostrarse tan insistente. Por lo general, cuando intuía que Sara no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer, se rendía confiando en pillar a su hermana desprevenida en otra ocasión. Sabía por experiencia que cuanto más le insistiera a Sara en que hiciera algo que no quería, más firme se mantenía ella en sus trece. Pero en esta ocasión era distinto. Jason demostraba un interés que Sara no había observado antes en él, de modo que, ante la sorpresa y alegría de Jason, ésta accedió a sus ruegos.

-De acuerdo, Jason. ¿Dónde está ese gigantesco pájaro?

-Se llama Salomón.

-¿Cómo sabes su nombre?

-Se lo ha puesto el padre de Billy. Dice que es un búho. Y que los búhos son sabios. De modo que le pega llamarse Salomón.

Sara se esforzó en seguir a Jason, que caminaba apresuradamente. Está muy excitado con ese búho, pensó. Qué raro.

-Debe de andar por aquí -- dijo Jason-. Vive en este lugar.

A Sara le hacía gracia la seguridad que derrochaba

Jason, aunque sabía que las más de las veces su hermano no tenía repajolera idea de lo que estaba hablando. Pero ella solía seguirle el juego, fingiendo no haberse percatado. Era más sencillo.

Miraron entre los árboles despojados de sus hojas y cubiertos de nieve. Caminaron junto a una desvencijada valla, siguiendo un pequeño sendero en la nieve trazado por un perro que al parecer lo había recorrido poco antes que ellos...

Sara no caminaba casi nunca por ese sendero en invierno. Quedaba lejos del camino que solía recorrer de regreso a su casa después de clase. No obstante, en verano Sara pasaba muchos ratos agradables en ese lugar. La niña siguió avanzando, observando todos los rincones que le resultaban familiares, alegrándose de recorrer de nuevo su sendero. Lo mejor de este sendero, pensó Sara, es que suele estar desierto. No pasan coches, ni vecinos... Es un sendero muy tranquilo. Debería de venir por aquí más a menudo.

-¡Salomón! -gritó Jason. Sara se sobresaltó, pues no esperaba oírle gritar.

-No le llames a gritos, Jason. Si Salomón está aquí y te oye dar estas voces, se esfumará.

-Seguro que está aquí. Ya te he dicho que vive en este lugar. Si se hubiera marchado, le habríamos visto. ¡Es enorme, Sara, de veras!

Sara y Jason se adentraron en el bosquecillo, pasando por debajo de una oxidada alambrada, un vestigio de la vieja y desvencijada valla. Avanzaron lentamente, tentando el camino, pues no sabían 10 que podía estar sepultado bajo la gruesa capa de nieve que les llegaba a las rodillas.

-Tengo frío, Jason.

-Ya falta poco, Sara. No te rindas ahora, por favor.

Sara accedió a seguir adelante, más por curiosidad que debido a la insistencia de Jason.

-De acuerdo, cinco minutos MÁS -gritó Sara al hundirse hasta la cintura en una acequia que estaba oculta debajo de la espesa nieve. La fría y mojada nieve se filtró a través del abrigo Y la blusa de Sara, humedeciéndole la piel-o ¡Yo me vuelvo a casa, Jason!

Jason se sentía decepcionado de no haber dado con Salomón, pero la irritación de Sara le compensaba de ese chasco. Pocas cosas le complacían más que ver a su hermana furiosa. El chico soltó la carcajada al ver a Sara quitarse la gélida y húmeda nieve de debajo de la ropa.

-¿Te parece divertido, Jason? ¡Seguro que te has inventado la historia de Salomón para que me quedara empapada y cogiera una rabieta!

No pudiendo evitar la risa, Jason echó a correr dejando atrás a Sara. Por más que le divertía enfurecerla, sabía por experiencia que era preferible guardar una distancia prudencial.

-No, Sara. Salomón existe. Ya lo verás.

-¡Seguro! _replicó Sara.

Sara y la amistad eterna...

Pero por algún extraño motivo, sabía que Jason decía la verdad.

CAPÍTULO SEIS

Sara no recordaba ningún momento en que le resultara fácil concentrarse en lo que ocurría en clase. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la escuela era un lugar muy aburrido. Pero aquel día, sin excepción, fue el peor que Sara había tenido que soportar. No conseguía concentrarse en lo que decía el maestro. No dejaba de pensar en el bosquecillo. Cuando por fin sonó el timbre, Sara guardó la cartera en su taquilla y se dirigió al bosque.

-Debo de estar loca -murmuró para sí mientras se adentraba en el bosquecillo, dejando sus huellas profundamente impresas en la nieve-. Busco a un estúpido búho que

probablemente ni siquiera existe. Bueno, si no lo encuentro enseguida, me marcho. No quiero que Jason sepa que he venido ni que siento interés por esa ave.

Sara se detuvo y aguzó el oído. El silencio era tan denso que hasta oía su propia respiración. No vio a ningún animal. Ni un ave ni una ardilla. Nada. De no ser por las huellas que Jason, ella y el perro habían dejado allí el día anterior, Sara habría pensado que era la única criatura viva en el planeta.

Era un maravilloso día de invierno. El sol había lucido con fuerza durante roda la tarde y la húmeda capa superior de la nieve relucía al tiempo que se fundía lentamente. Todo resplandecía. Por lo general, un día así hacía que Sara se sintiera animada. No había nada mejor que pasear sola, absorta en sus pensamientos, en un día tan hermoso como éste. Pero estaba enfadada. Había confiado en dar fácilmente con Salomón. La perspectiva de ir al bosquecillo y encontrar a esa misteriosa ave había despertado su interés, pero en esos momentos, al encontrarse sola ahí, sumergida hasta las rodillas en la nieve, Sara se sintió ridícula.

-¿Pero dónde se habrá metido ese búho? ¡Qué más da! ¡Me voy a casa!

Decepcionada, Sara se detuvo en medio del bosquecillo sintiéndose rabiosa, agobiada y un tanto confundida. De pronto, cuando empezó a retroceder sobre sus pasos para salir del bosquecillo por el mismo lugar por el que había entrado, se paró en seco pensando en que quizá llegaría antes a su casa si atravesaba el prado y enfilaba por el atajo, como solía hacer durante los meses estivales. Seguro que el río ya se habrá congelado. Quizá pueda atravesarlo por un lugar donde se estrecha, pensó pasando por debajo de la rudimentaria alambrada.

A Sara le chocó comprobar lo desorientada que se sentía en invierno en ese lugar. Había cruzado ese prado centenares de veces. Era el prado al que su tío llevaba a pacer a su caballo durante los meses estivales. Pero todo tenía un aspecto muy distinto, pues los puntos de referencia que utilizaba Sara estaban sepultados debajo de la nieve. En ese lugar el río estaba completamente helado y cubierto por una capa de nieve de varios centímetros de espesor. Sara se detuvo, tratando de recordar dónde se hallaba el punto más estrecho del río. De pronto sintió que el hielo cedía bajo ella y antes de que pudiera reaccionar, cayó de espaldas sobre la precaria capa de hielo y la gélida agua del río empapó rápidamente sus ropas. Sara recordó el maravilloso viaje que había realizado hacía un tiempo, flotando boca arriba en el río, y durante unos instantes sintió pánico al imaginar que pudiera repetirse la experiencia, pero en esta ocasión las heladas aguas la transportarían río abajo, hacia una muerte segura.

¿Has olvidado que no puedes ahogarte?, preguntó una amable voz procedente de un lugar situado sobre la cabeza de Sara.

-¿Quién eres? -inquirió Sara mirando a su alrededor, escudriñando los desnudos árboles y achicando los ojos para protegerse del resplandor del sol que se reflejaba sobre el nevado terreno circundante. Quienquiera que seas, ¿por qué no me ayudas a salir de aquí?, pensó postrada sobre el hielo que empezaba a resquebrajarse, temiendo que el menor movimiento hiciera que éste cediera bajo su peso.

El hielo te sostendrá. Colócate boca abajo. Incorpórate sobre las rodillas y arrástrate hasta aquí, dijo su misterioso amigo.

Sin alzar la vista, Sara se colocó boca abajo y se incorporó lentamente de rodillas. Luego, con cautela, empezó a arrastrarse hacia el lugar del que provenía la voz.

Sara no tenía ganas de conversar. No era el momento oportuno. Estaba empapada, aterida de frío y rabiosa consigo misma por haber cometido tamaña estupidez. Lo único que le preocupaba, en esos momentos, era llegar a casa y cambiarse de ropa antes de que alguien de su familia regresara y la encontrara con la ropa chorreando.

-Tengo que irme -dijo Sara. Entrecerrando los ojos para protegerse del sol miró hacia el punto donde creía haber oído la voz.

Luego empezó a retroceder sobre sus pasos, tiritando y furiosa por haber tomado la estúpida decisión de atravesar el río. De pronto reparó en algo.

-¡Eh! ¿Cómo sabes que no puedo ahogarme? Pero nadie respondió a su pregunta.

-¿Dónde te has metido? ¡Eh, tú! ¿Dónde estás?

-gritó Sara.

En éstas, el ave más gigantesca que jamás había visito alzó el vuelo desde la copa de un árbol, elevándose por el aire, describió un círculo sobre el bosquecillo y el prado y desapareció en dirección del sol.

Sara se quedó estupefacta, mirando hacia el cielo con los párpados entornados para evitar que la deslumbrara el sol. ¡Salomón!

CAPÍTULO SIETE

Sara despertó a la mañana siguiente y, como de costumbre, se arrebujó debajo las mantas, resistiéndose a enfrentarse a un nuevo día. De improviso se acordó de Salomón.

Salomón, pensó, ¿te he visto o te he soñado?

Pero entonces, al despabilarse, recordó haber regresado al bosquecillo, después de clase, en busca de Salomón, y cómo el hielo cedió bajo su peso. No, Salomón, no eres un sueño. Jason tenía razón. Eres real.

Sara hizo una mueca al recordar a Jason y Billy gritando mientras se adentraban en el bosquecillo en busca de Salomón. De pronto comenzó a embargarle el nerviosismo que experimentaba cada vez que pensaba en Jason inmiscuyéndose en su vida, agobiándola. No le diré nada a Jason, ni a nadie, que he visto a Salomón. Es mi secreto.

Sara se esforzó durante todo el día en prestar atención a sus maestros. No cesaba de pensar en el resplandeciente bosquecillo y el ave gigantesca y mágica. (¿Es cierto que me habló Salomón?, se preguntó ¿O son imaginaciones mías? Quizás estaba aturdida debido a la caída. Quizás estaba inconsciente y lo soñé. ('Ocurrió realmente?

Sara estaba impaciente por regresar de nuevo al bosquecillo, para comprobar si Salomón existía realmente.

Cuando por fin sonó el último timbre, Sara se detuvo junto a su taquilla para dejar en ella sus libros y la cartera. Era el segundo día que Sara no transportaba todos sus libros a casa. Había descubierto que el hecho de ir cargada de libros la protegía de sus entrometidos colegas. Los libros constituían una barrera que impedía que sus pelmazos, frívolos y bromistas compañeros se acercaran a ella. Pero Sara no quería que nada entorpeciera hoy su camino. Salió por la puerta principal de la escuela como una exhalación y se dirigió al Sendero de Thacker.

Cuando dejó la calzada y enfiló por el Sendero de Thacker, vio a un gigantesco búho posado sobre un poste de la cerca, a la vista de cualquiera. Daba casi la sensación de que la estaba esperando. A Sara le sorprendió encontrar tan fácilmente a Salomón. Había pasado mucho tiempo buscando a ese escurridizo y misterioso búho y ahora se topaba con él, posado tranquilamente sobre la cerca, como si hubiera estado siempre allí.

Sara no sabía cómo abordar a Salomón. ¿Qué debo hacer?, se preguntó. Me parece raro acercarme a ese gigantesco búho y decir/e: «Hola, (¿Cómo estás? »

Hola, ¿cómo estás?, preguntó el gigantesco búho a Sara.

Sara retrocedió de un salto. Salomón se echó a reír a carcajadas.

No pretendía asustarte, Sara. ¿Cómo estás?

-Muy bien, gracias. Es que no estoy acostumbrada a hablar con búhos.

Es una lástima, respondió Salomón. Algunos de mis mejores amigos son búhos.

Sara se echó a reír.

-Qué gracioso eres, Salomón.

Salomón, hummm..., contestó el búho. Es un bonito nombre Salomón. Sí, creo que me gusta.

Sara se sonrojó avergonzada. Había olvidado que nadie les había presentado. Jason le había dicho que el búho se llamaba Salomón. Pero había sido el padre de Billy quien había elegido ese nombre.

-Lo siento -dijo Sara-o Debí preguntarte tu nombre.

Bueno, la verdad es que nunca había pensado en ello, respondió el búho. Pero Salomón es un bonito nombre. Me gusta. -¿No habías pensado nunca en eso? ¿O sea que no tienes nombre?

Pues no, contestó el búho.

Sara no daba crédito a lo que oía.

-¿Cómo es posible que no tengas un nombre? Verás, Sara, sólo las personas necesitan poner una etiqueta a las cosas. Nosotros ya sabemos quiénes somos, de modo que no damos importancia a las etiquetas. Pero me gusta el nombre de Salomón. y puesto que estás acostumbrada a llamar a los demás por su nombre, me parece bien que me llames así. Sí, me gusta el nombre de Salomón. De ahora en adelante me llamaré Salomón.

Salomón parecía tan contento con su nuevo nombre que Sara dejó de sentirse turbada. Al margen de su nombre, era muy agradable charlar con ese búho.

-¿Crees que debo hablar a otras personas sobre ti, Salomón?

Tal vez. Pero a su debido tiempo.

-¿Entonces piensas que de momento debo guardarlo en secreto?

Es preferible que lo hagas durante un tiempo. Hasta que se te ocurra lo que debes decir.

-Claro. Quedaría un tanto chocante que dijera a los demás: «Tengo un amigo búho que me habla sin mover los labios».

Permíteme señalar que los búhos no tenemos labios, Sara. Sara se echó a reír. Qué búho tan divertido.

-Ya sabes a qué me refiero, Salomón. ¿Cómo puedes hablar sin utilizar la boca? ¿Y cómo es que no he oído nunca a nadie de por aquí hablar sobre ti o hablar contigo?

Nadie de por aquí me ha oído nunca. Lo que oyes no es el sonido de mi voz, Sara. Recibes mis pensamientos.

-No lo entiendo. ¡Puedo oírte!

Te parece que me oyes, y es cierto, pero no me oyes con los oídos. No como oyes otras cosas.

En éstas se levantó una ráfaga helada y Sara se ajustó la bufanda alrededor del cuello y se encasquetó el gorro de punto hasta las orejas.

Está a punto de oscurecer, Sara. Seguiremos charlando mañana. Piensa en lo que hemos comentado. Esta noche, cuando sueñes, observarás que puedes ver. Aunque tengas los ojos cerrados, verás tus sueños. De modo que si no necesitas los ojos para ver, tampoco necesitas los oídos para oír.

Y antes de que Sara tuviera tiempo de objetar que los sueños son distintos de la realidad, Salomón dijo: Adiós, Sara. Qué día tan espléndido, ¿verdad? Tras estas palabras el búho alzó el vuelo y, agitando sus poderosas alas, se elevó sobre el bosquecillo, la cerca y su diminuta amiga.

« ¡Eres gigantesco, Salomón.!», pensó Sara.

La niña recordó las palabras de Jason: « ¡Es gigantesco, Sara, ven a verlo!»

Cuando Sara emprendió el camino a casa a través de la nieve, recordó que Jason prácticamente la había conducido casi a rastras hasta el bosquecillo, andando tan rápidamente debido a su impaciencia que a Sara le había costado seguirle. Qué extraño, pensó Sara, Jason tenía mucho interés en que yo viera a este gigantesco búho y ahora, desde hace tres días, no ha vuelto a decir una palabra sobre el tema. Me choca que él y Billy no hayan venido aquí cada día en busca de Salomón. Parece como si se hubieran olvidado de él. Tengo que acordarme de preguntar mañana a Salomón lo que opina sobre esto.

Durante los próximos días Sara se decía a menudo: «Tengo que preguntar a Salomón lo que opina sobre esto». Solía llevar siempre un pequeño cuaderno en el bolsillo, en el que tomaba nota de los temas que quería comentar con él.

A Sara le parecía que no tenía tiempo suficiente para hablar con Salomón de todas las cosas que le quería decir. El breve espacio de tiempo entre la salida de la escuela y la hora en que debía regresar a casa, para hacer sus tareas antes de que su madre regresara del trabajo, consistía en poco más de treinta minutos.

No es justo, pensó Sara. Me paso el día con esos aburridos maestros, que no son ni una décima parte tan inteligentes como Salomón, y una escasa media hora con el maestro más inteligente que jamás he tenido. Hummm, un maestro... Tengo un maestro que es un búho. Al pensar en ello Sara soltó una carcajada.

-Tengo que preguntar a Salomón qué opina de eso.

CAPÍTULO OCHO

-¿Eres un maestro, Salomón?

Desde luego, Sara.

-Pero no hablas de las cosas sobre las que los verdaderos maestros, disculpa, los otros maestros, hablan. Me refiero a que hablas sobre cosas que me interesan. Unas cosas muy interesantes.

En realidad, Sara, sólo hablo sobre las cosas de las que tú hablas. Sólo te ofrezco información que puede serte útil cuando me haces una pregunta. Todas las respuestas que se ofrecen sin que nadie haya hecho una pregunta al respecto son una pérdida de tiempo. Ni el alumno ni el maestro se divierten con ellas.

Sara pensó en lo que acababa de decide Salomón, y reparó en que a menos que ella le preguntara algo concreto, el búho apenas decía nada.

-Espera un momento, Salomón. Recuerdo que me dijiste algo sin que yo te preguntara nada.

¿Qué dije, Sara?

-Dijiste: « ¿Has olvidado que no puedes ahogarte?» Fue lo primero que me dijiste, Salomón. Yo no te dije una palabra. Estaba tumbada sobre el hielo, pero no te hice ninguna pregunta.

Eso indica que Salomón no es el único aquí que habla sin mover los labios.

-¿A qué te refieres?

Formulaste una pregunta, Sara, aunque no con palabras.

Las preguntas no sólo pueden formularse con palabras.

-Eso es muy raro, Salomón. ¿Cómo puedes formular una pregunta sin palabras?

Pensando la pregunta. Muchos seres y criaturas se comunican a través del pensamiento. Lo cierto es que se comunican con más frecuencia de ese modo que con palabras. Las personas son las únicas que utilizan palabras. Pero incluso ellas se comunican en muchos casos a través del pensamiento en lugar de hacerlo con palabras. Piensa en ello.

Como ves, Sara, soy un maestro viejo y requetesabio que hace muchííííísimo tiempo comprobó que ofrecer a un alumno una información que éste no ha solicitado es una Pérdida de tiempo.

Sara se rió del exagerado énfasis que Salomón dio a las palabras «requetesabio» y «muchííííísimo». Me encanta este búho loco, pensó.

Tú también me encantas, Sara, respondió Salomón. Sara se sonrojó; había olvidado que Salomón podía oír sus pensamientos.

De pronto, sin decir más, Salomón alzó vuelo agitando sus potentes alas y desapareció de la vista de Sara.

CAPÍTULO NUEVE

-Me gustaría volar como tú, Salomón.

¿Por qué, Sara? c' Por qué te gustaría volar?

-Es aburrido caminar siempre. Vas muy despacio.

Tardas mucho en ir de un sitio a otro y apenas ves nada. Sólo ves las cosas que están en el suelo. Cosas aburridas.

No has respondido a mi pregunta, Sara.

-Sí que la he respondido, Salomón. Quiero volar porque...

Porque no te gusta caminar, porque te parece aburrido. En realidad, Sara, no me has dicho por qué quieres volar. Me has dicho por qué no quieres no volar.

-¿Acaso no es lo mismo?

Claro que no, Sara. Hay una gran diferencia. Inténtalo de nuevo.

Un tanto sorprendida por el empeño de Salomón en buscarle tres pies al gato, Sara empezó de nuevo.

-Muy bien. Quiero volar porque andar por el suelo no es divertido y porque tardas mucho en ir de un sintió a otro.

¡Ay, Sara! ¿Ves como sigues hablando de lo que no deseas y el motivo de que no lo desees? Vuelve a intentarlo.

-De acuerdo. Quiero volar porque... No lo entiendo, Salomón. ¿Qué quieres que diga?

Quiero que me digas lo que deseas, Sara.

-¡QUIERO VOLAR! -gritó Sara, enojada por la incapacidad de Salomón de comprenderla.

Bien, Sara. Ahora dime por qué quieres volar. ¿Qué imaginas que significa volar? ¿Cómo te sentirías? Explícamelo para que lo comprenda, Sara. Descríbeme lo que se siente al volar. No quiero que me digas lo que sientes ahí abajo, en tierra, ni lo que significa no volar. Quiero que me digas lo que se siente al volar.

Sara cerró los ojos, captando lo que quería decir Salomón, y respondió:

-Volar es sentirse libre, Salomón. Es como flotar, pero más rápido.

¿Y qué verías si volaras?

-Vería todo el pueblo a mis pies. Vería la calle Mayor, los coches circulando y las personas caminando. Vería el río. Vería mi escuela.

¿Qué se siente al volar, Sara? Descríbeme la sensación. Sara se detuvo con los ojos cerrados, fingiendo que volaba sobre su pueblo.

-¡Sería divertidísimo, Salomón! Volar debe de ser muy divertido. Surcaría el aire a la velocidad del viento. Me sentiría libre. ¡Me sentiría de fábula! -prosiguió Sara, absorta en la visión que imaginaba.

De pronto, experimentando la misma sensación de poder que había intuido en las alas de Salomón cuando le veía alzar el vuelo desde la cerca día tras día, la niña sintió un potente impulso que la elevó por el aire a una velocidad que la dejó sin aliento. Durante unos momentos tuvo la sensación de que su cuerpo pesaba una tonelada, e inmediatamente después como si fuera ingrávido. Y luego se puso a volar.

-¡Mírame, Salomón! -exclamó Sara entusiasmada-o ¡Estoy volando!

Salomón volaba junto a ella y ambos surcaron el aire sobre el pueblo de Sara. El pueblo en el que había nacido. El pueblo que conocía palmo a palmo. ¡El pueblo que en esos momentos descubría desde una perspectiva que jamás había imaginado!

-¡Qué bien! ¡Esto es genial, Salomón! ¡Me encanta volar!

Salomón sonrió de gozo ante el extraordinario entusiasmo que demostraba Sara. -¿Adónde vamos, Salomón? Puedes ir adonde desees.

-¡Esto es supergenial! -gritó Sara, observando su pequeño y apacible pueblo. Jamás le había parecido tan hermoso.

La niña había contemplado su pueblo desde el aire en cierta ocasión, cuando su tío la había llevado a ella y a su familia a dar un paseo en su avioneta. Pero apenas había visto nada. Las ventanas de la avioneta estaban muy altas y cada vez que se había puesto de rodillas para acercar la cara a la ventana y mirar por ella, su padre le había obligado a sentarse y abrocharse el cinturón de seguridad. De modo que Sara no se había divertido mucho aquel día.

Pero esto es muy distinto... Lo veía todo. Las calles y los edificios de su pueblo. Veía los pequeños comercios dispuestos a lo largo de la calle Mayor: Hoyt's Store, la tienda de ultramarinos, Pete's Drugstore, donde vendían comestibles, periódicos y medicamentos, la oficina de Correos... Veía su hermoso río serpenteando a través del pueblo. Unos cuantos coches circulaban por las calles, y un puñado de personas se desplazaban de un lado a otro...

-¡Ay, Salomón! -exclamó Sara estupefacta-o ¡Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida! Vayamos a mi escuela. Te enseñaré dónde me paso el de. -La voz de la niña se disipó mientras se dirigía volando hacia su escuela.

-¡Qué aspecto tan distinto tiene la escuela desde el aire! -comentó Sara, asombrada de lo enorme que parecía. Daba la impresión que el tejado se prolongaba hasta el infinito-o ¡Qué bien! -exclamó-o ¿Podemos bajar para acercamos, o tenemos que volar tan alto?

Puedes ir adonde desees, Sara.

Tras emitir otro grito de gozo, Sara descendió para sobrevolar el patio de recreo y pasar lentamente frente a la ventana de su clase.

-¡Esto es genial! ¡Mira, Salomón! ¡Puedo ver mi pupitre, y ahí está el señor Jorgensen!

Sara y Salomón volaron de un extremo del pueblo hasta el otro, efectuando a veces un vuelo rasante para elevarse de nuevo por el aire hasta casi tocar las nubes.

-¡Mira, Salomón, ahí están Jason y Billy! ¡Eh, Jason, mira cómo vuelo! -gritó Sara. Pero Jason no la oyó-. ¡Eh, Jason! -gritó de nuevo Sara más fuerte-o ¡Mírame! ¡Estoy volando!

Jason no puede oírte, Sara.

-¿Por qué? Yo le oigo a él.

Es demasiado pronto para él. N o ha empezado a formular preguntas. Pero ya lo hará. A su debido tiempo.

Entonces Sara comprendió, con mayor claridad, por qué Jason y Billy no habían visto aún a Salomón.

-A ti tampoco pueden verte, ¿verdad Salomón? Sara se alegraba de que Jason y Billy no pudieran ver a Salomón. Si pudieran vedo, serían un estorbo, pensó.

Sara no recordaba haber disfrutado tanto en su vida.

Volaba tan alto que los coches que circulaban por la calle Mayor parecían hormiguitas. Luego, sin el menor esfuerzo, descendió en picado hasta casi rozar el suelo, chillando de gozo y asombrada de la velocidad con la que surcaba el aire. Se deslizó sobre el río con la cara tan próxima a la superficie del agua que percibió el dulce olor a musgo, pasó por debajo del puente de la calle Mayor y salió por el otro lado. Salomón volaba junto a ella, como si ambos hubieran practicado este vuelo centenares de veces.

Volaron durante horas, hasta que, con el mismo poderoso impulso que la había elevado por el aire, Sara descendió para regresar a su cuerpo y a tierra.

La niña estaba tan excitada que apenas podía recobrar el resuello. Había sido la experiencia más fabulosa de su vida.

-¡Ha sido increíble, Salomón! -gritó Sara. Tenía la sensación de que había volado durante horas.

-¿Qué hora es? -preguntó mirando de pronto su reloj, convencida de que iba a tener problemas por volver tarde a su casa, pero el reloj indicaba que sólo habían transcurrido unos segundos.

-Tu vida es muy rara, Salomón. Nada es lo que parece.

¿A qué te refieres, Sara?

-Pues que hemos volado por todo el pueblo sin que haya pasado el tiempo. ¿No te parece raro? Y el hecho de que yo pueda verte, y hablar contigo, mientras que Jason y Billy no pueden verte ni hablar contigo. ¿Eso tampoco te parece raro?

Si ellos lo desearan con la suficiente fuerza, podrían verme y hablar conmigo, o si yo lo deseara con la suficiente fuerza, podría influir en sus deseos.

-¿Qué quieres decir?

Fue el entusiasmo de Jason y Billy por algo que en realidad no habían visto lo que te condujo a mi bosquecillo. Ellos fueron un eslabón muy importante en la cadena de sucesos que desemboco en nuestro encuentro.

-Supongo que tienes razón -respondió Sara, negándose a reconocer que su hermano había sido el artífice de esta extraordinaria experiencia. Prefería pensar que era un chinchoso y no el elemento clave de esta maravillosa aventura que ella había vivido. Eso requería un esfuerzo de imaginación que Sara no estaba dispuesta a hacer.

Bien, Sara, explícame lo que has aprendido hoy, dijo Salomón sonriendo.

-¿Que puedo volar por todo el pueblo sin que pase el tiempo? -contestó Sara con tono inquisitivo, preguntándose si eso era lo que Salomón deseaba oír-o ¿Qué Jason y Billy no pueden oírme ni verme cuando vuelo, porque son demasiado jóvenes o no están preparados? ¿Que ahí arriba, cuando vuelas, no sientes frío?

Todo eso está muy bien, Sara, y lo comentaremos más adelante, ¿pero no has observado que mientras hablabas sobre lo que no deseabas, no conseguías lo que deseabas? En cambio, cuando empezaste a hablar sobre lo que sí deseabas -lo que es más importante, cuando empezaste a sentir lo que deseabas- ¿lo conseguiste al instante?

Sara guardó silencio mientras trataba de recordar lo que había dicho con anterioridad. Pero no era fácil pensar en lo que había considerado o sentido antes de volar. Prefería reflexionar sobre su experiencia voladora.

Piensa en ello con frecuencia, Sara, y practícalo tantas veces como puedas.

-¿Quieres que practique volar? ¡De acuerdo!

No sólo volar, Sara. Quiero que practiques pensar en lo que deseas y por qué lo deseas, hasta que logres sentirlo. Esto es lo más importante que aprenderás de mí, Sara. Diviértete con esto.

Tras estas palabras, Salomón alzó el vuelo y se alejó. ¡Éste es el mejor día de mi vida!, pensó Sara. ¡Hoy he aprendido a volar!

CAPÍTULO DIEZ

-¡Eh, bebé! ¿Te sigues haciendo pis en la cama?

Sara les observó enojada mientras se burlaban de Donald. Como su timidez le impedía intervenir, trató de desviar la vista para no percatarse de lo que ocurría. -Se creen muy listos -murmuró en voz baja-o Son crueles.

Unos «listillos» de su clase, unos bravucones que siempre andaban en pandilla, se estaban burlando de Donald, un chico nuevo que se había incorporado a la clase hacía un par de días. Su familia se había mudado al pueblo hacía poco y habían alquilado la destartalada casa situada en la esquina de la calle en la que vivía Sara. La casa había estado desocupada durante meses y la madre de Sara se alegraba de la llegada de los nuevos inquilinos. Sara había observado cómo descargaban sus enseres de una vieja furgoneta, preguntándose si aquellos escasos y desvencijados muebles era cuanto poseían.

Bastante duro es mudarse a un nuevo pueblo en el que no conoces a nadie, sin tener que soportar que unos bravucones de pacotilla se metan continuamente contigo. Mientras observaba en el pasillo cómo Lynn y Tommy se burlaban de Donald, a Sara se le llenaron los ojos de lágrimas. Recordó las risotadas que habían estallado ayer en clase, cuando el maestro había pedido a Donald que se pusiera de pie para presentarlo a sus nuevos compañeros y éste se había levantado sosteniendo una cajita para lápices de plástico color rojo vivo. Sara reconocía que había sido una torpeza más propia de los niños de la edad de su hermanito, pero no era motivo para que le humillaran de esa forma.

Sara comprendió que aquél había sido el momento decisivo para Donald. Si éste hubiera resuelto la situación de otro modo, permaneciendo de pie, echándole valor al asunto y sonriendo, sin importarle lo que aquellos impresentables opinaran sobre él, las cosas quizá se habrían desarrollado de otra manera. Pero no había sido así. Donald, avergonzado y aterrorizado, se había hundido en la silla, mordiéndose el labio. El maestro había reprendido a la clase, pero no había servido de nada. A los niños les tenía sin cuidado lo que el seño Jorgensen opinara de ellos, pero a Donald le importaba mucho lo que la clase opinara sobre él.

Ayer, al salir de clase, Sara había visto a Donald tirar su cajita para lápices a la papelera que había junto a la puerta. Cuando Donald se hubo marchado, Sara había rescatado el grotesco artilugio y lo había guardado en su cartera.

Sara observó a Tommy y a Lynn avanzar por el pasillo. Les oyó bajar estrepitosamente la escalera. Vio a Donald frente a su taquilla, inmóvil, contemplándolo como si ésta contuviera algo que pudiera solventar su situación, o como si deseara meterse dentro de ella y evitar enfrentarse a lo que le esperaba fuera. Sara sintió un nudo en el estómago. No sabía qué hacer, por más que quería ayudar a Donald. Después de echar un vistazo por el pasillo, para cerciorarse de que los bravucones se habían marchado, sacó la cajita roja de su cartera y se apresuró hacia Donald, que estaba guardando sus libros en su taquilla en un inútil intento de recobrar la compostura.

-Hola, Donald. Ayer te vi tirar esto a la papelera

-dijo Sara sin más preámbulos-o A mí me gusta. Creo que deberías conservarlo.

-¡No lo quiero! -le espetó Donald.

Sorprendida, Sara retrocedió mientras trataba de recobrar mentalmente el equilibrio.

-¡Si tanto te gusta, quédatelo tú! -le gritó Donald.

Tras guardado apresuradamente en su cartera, confiando en que nadie hubiera observado o escuchado esta desagradable conversación, Sara salió corriendo al patio de la escuela y se fue a su casa.

¿Por qué me meto en lo que no me importa?, se preguntó, enojada consigo misma. ¡A ver si escarmiento de una vez!

CAPÍTULO ONCE

-¿Por qué todas las personas son tan malas, Salomón? -preguntó Sara con tristeza.

¿Todas las personas son malas, Sara? No me había dado cuenta.

-Bueno, no todas, pero muchas sí. No lo entiendo.

Cuando me comporto mal, me siento fatal. ¿Entonces por qué lo haces, Sara?

-Generalmente porque alguien se ha portado mal conmigo. Supongo que lo hago para vengarme. ¿Y eso te sirve de algo?

-Sí -respondió Sara a la defensiva.

¿En qué sentido, Sara? ¿El hecho de vengarte de alguien hace que te sientas mejor? ¿Acaso cambia la situación, o elimina el daño causado?

-No, supongo que no.

En realidad, Sara, con eso sólo se consigue añadir más maldad al mundo. Es como unirse a la cadena de dolor de esas personas. Se sienten heridas, luego te sientes herida tú y contribuyes a que otra persona se sienta herida, y así sucesivamente.

-¿Pero quién ha empezado esa cadena de dolor? No importa dónde haya empezado, Sara. Lo importante es lo que tú hagas con ella cuando llegue a ti. ¿A qué viene esto, Sara? ¿Qué te ha llevado a unirte a esta cadena de dolor?

Profundamente afligida, Sara habló a Salomón sobre el nuevo alumno, Donald, y lo que le había ocurrido en su primer día de clase. Le habló de los bravucones que nunca se cansaban de meterse con Donald. Contó a Salomón el preocupante episodio que había ocurrido en el pasillo de la escuela. Y mientras revivía esos incidentes, describiéndoselos a Salomón, Sara sintió que la embargaba de nuevo una mezcla de dolor y rabia. Una lágrima le rodó por la mejilla, que se enjugó rápidamente con el dorso de la mano, irritada de que en lugar de mantener una agradable charla con Salomón, como solía hacer, estuviera gimoteando y balbuciendo. Ésta no era forma de comportarse con Salomón.

Salomón guardó silencio durante unos momentos mientras en la cabeza de Sara bullían unos pensamientos dispersos e inconexos. Notó que Salomón la observaba con sus grandes y amables ojos, pero no se sintió turbada. Era como si Salomón la indujera a desahogarse.

Al menos sé lo que no quiero, pensó Sara. No quiero sentirme así. Y menos cuando hablo con Salomón.

Esto está muy bien, Sara. Acabas de dar, conscientemente, el primer paso para poner fin a esa cadena de dolor. Has reconocido conscientemente lo que no deseas.

-¿Yeso es bueno? -inquirió Sara-o A mí no me lo parece.

Porque sólo has dado el primer paso, Sara. Tienes que dar tres más.

-¿Cuál es el siguiente paso, Salomón?

No es difícil comprender lo que uno no desea. ¿Estás de acuerdo con eso, Sara?

-Sí. Es decir, en la mayoría de los casos lo sé. ¿Cómo sabes que piensas sobre lo que no deseas? -No sé, lo noto.

Lo sabes por la forma en que te sientes, Sara. Cuando Piensas, o hablas, sobre lo que no deseas, siempre sientes una emoción negativa. Sientes ira, decepción, vergüenza, remordimientos O temor. Cuando Piensas en lo que no deseas siempre te sientes mal.

Sara reflexionó sobre los últimos días, durante los cuales había experimentado una mayor carga de emociones negativas que de costumbre.

-Tienes razón, Salomón -contestó-o Esta semana, al ver cómo esos chicos se metían con el pobre Donald, he sentido más emociones negativas. Estaba muy contenta de haberte conocido, Salomón, pero luego me puse furiosa al ver cómo se burlaban de Donald. Ahora comprendo que la forma en que me siento tiene que ver con lo que pienso.

Muy bien, Sara. Ahora hablemos del segundo paso. Cada vez que te das cuenta de lo que no deseas, ¿te resulta fácil comprender lo que sí deseas?

-Bueno... -Sara se detuvo, tratando de descifrarlo, pero no lo tenía claro.

Cuando te sientes mal, ('qué es lo que deseas? -Sentirme bien -respondió Sara sin titubeos. Cuando no tienes suficiente dinero para comprarte algo que te apetece, ¿qué deseas?

-Tener más dinero -contestó Sara.

Éste es el segundo paso para romper la cadena de dolor. El primer paso consiste en reconocer lo que no deseas. El segundo, comprender lo que sí deseas.

-Es muy fácil -comentó Sara, que empezaba a sentirse más animada.

El tercer paso es el más importante, Sara, aunque la mayoría de las personas lo omiten. Consiste en lo siguiente: después de haber identificado lo que deseas, tienes que sentir/o como si fuera real. Tienes que hablar sobre por qué lo deseas, describir cómo te sentirías si lo consiguieras, explicarlo, fingir que lo has conseguido o recordar alguna ocasión parecida... Seguir pensando en ello hasta hallar un punto donde lo sientas. Seguir hablando contigo misma sobre lo que deseas hasta que te sientas bien.

Al escuchar a Salomón animándola a dedicar tiempo a imaginar cosas, Sara no daba crédito a sus oídos. Más de una vez había tenido serios problemas por ese motivo. Salomón le decía justamente lo contrario de lo que le decían sus maestros en la escuela. Pero Sara confiaba en Salomón. y estaba más que dispuesta a probar un nuevo sistema, ya que el de los otros era evidente que no funcionaba.

-¿Por qué el tercer paso es el más importante, Salomón? Porque hasta que no cambies de talante, no habrá cambiado nada. Seguirás formando parte de la cadena de dolor. Pero cuando cambies de talante, pasarás a formar parte de una cadena muy distinta. Te habrás unido a la cadena de Salomón, por así decir.

-¿Cómo llamas a tu cadena, Salomón?

No la llamo de ninguna manera. Se trata de sentirla.

Pero tú puedes llamarla la cadena de la alegría, o la cadena del bienestar. La cadena de sentirse bien. Es la cadena natural. Es nuestra auténtica naturaleza.

-Si es tan natural, si es nuestra auténtica naturaleza, ¿por qué la mayoría de nosotros casi nunca nos sentimos bien?

Las personas desean sentirse bien, y la mayoría de las personas desean, sinceramente, ser buenas. Yeso representa una parte importante del problema.

-¿A qué te refieres? ¿Cómo es posible que el hecho de querer ser bueno represente un problema?

Verás, Sara, las personas desean ser buenas, de modo que miran a su alrededor, para ver cómo viven los demás, para comprender en qué consiste la bondad Observan las circunstancias que les rodean, ven cosas que les parecen buenas y otras que les parecen malas.

-¿Yeso es malo? No veo qué tiene de malo.

He comprobado que, por lo general, mientras las personas observan las circunstancias que les rodean, buenas y malas, no reparan en cómo se sienten. Y ahí está el fallo. En lugar de reparar en cómo les afecta lo que ven, en su búsqueda de la bondad, se empeñan en buscar lo malo y eliminarlo. El problema, Sara, es que mientras se esfuerzan en eliminar lo malo, forman parte de la cadena de dolor. A las personas les preocupa más observar, analizar y comparar las circunstancias que reparar en cómo se sienten. Con frecuencia son las circunstancias las que las arrastran a la cadena de dolor.

Piensa en lo ocurrido durante los últimos días, e intenta recordar los sentimientos más intensos que has experimentado. ¿Qué ocurrió cuando te sentiste mal esta semana, Sara?

-Me sentí fatal al ver cómo Tommy y Lynn se burlaban de Donald. Me sentí fatal cuando los chicos se rieron de Donald en clase, pero lo que me sentó peor fue que Donald se enfadara conmigo. Sólo trataba de ayudarle, Salomón.

Muy bien, Sara. Hablemos de esto. Durante esos momentos en que te sentiste fatal, ¿qué hacías?

-No lo sé, Salomón. En realidad no hacía nada.

Observaba, nada más.

Exactamente, Sara. Observabas las circunstancias, pero las circunstancias que elegiste observar te llevaron a formar parte de la cadena de dolor.

-Pero Salomón -protestó Sara-, ¿cómo puedo evitar ver algo malo y no sentirme mal al vedo?

Es una excelente pregunta, Sara, y te prometo que a su debido tiempo la responderé. Sé que no es fácil comprender de golpe todo esto. El motivo de que te cueste comprenderlo se debe, en primer lugar, a que las personas estáis acostumbradas a observar las circunstancias, pero no a prestar atención a vuestros sentimientos mientras las observáis, de modo que las circunstancias controlan vuestras vidas. Si observáis algo bueno, reaccionáis sintiéndoos bien, y si observáis algo malo, reaccionáis sintiéndoos mal. Cuando las circunstancias controlan vuestras vidas, la mayoría de vosotros os sentís frustrados, lo cual hace que muchas personas sigan formando parte de la cadena de dolor.

-¿Cómo puedo evitar caer en la cadena de dolor, para ayudar a otra persona a salir si cae en ella?

Hay muchas formas de conseguir/o, Sara. Pero mi sistema favorito, el que funciona más rápido para todos, consiste en cultivar pensamientos de aprecio.

-¿Aprecio?

Sí, Sara, concentrarse en algo, o alguien, y cultivar unos pensamientos que te hagan sentirte maravillosamente. Apreciar tanto como puedas esas personas u objetos. Es la mejor forma de unirse a la cadena de la alegría.

Recuerda, ¿el primer paso consiste en?

-Saber lo que no quiero -contestó Sara, orgullosa de haber dado en el clavo.

¿Y el segundo paso?

-En saber lo que quiero.

Sara y la amistad eterna...

Muy bien, Sara. ¿El tercer paso consiste en...?

-Ay, Salomón, lo he olvidado -se lamentó Sara, furiosa consigo misma por ser tan desmemoriada.

El tercer paso consiste en hallar ese punto en el que sientes lo que deseas. Hablar sobre lo que deseas hasta que sientas que lo has obtenido.

-No me has dicho en qué consiste el cuarto paso, Salomón -le recordó Sara muy excitada.

El cuarto paso es el mejor de todos. Sara. Consiste en conseguir lo que deseas. El cuarto paso es la manifestación física de tu deseo.

Diviértete con esto, Sara. No te esfuerces demasiado en recordar todo lo que te he explicado. Practica el aprecio. Ésa es la clave. Ahora más vale que te vayas. Mañana seguiremos charlando del tema.

Aprecio, pensó Sara. Trataré de pensar en lo que aprecio.

La primera imagen que acudió a su mente fue Jason, su hermano menor. Jolín, que difícil es esto, pensó Sara mientras abandonaba el bosquecillo de Salomón.

¡Empieza por algo sencillo!, le recomendó Salomón al tiempo que alzaba el vuelo.

-Muy bien -respondió Sara riendo-o Te quiero, Salomón, pensó.

Yo también te quiero, Sara. La niña oyó la voz de Salomón con toda claridad, aunque éste se había alejado volando y no le veía.

CAPÍTULO DOCE

Algo sencillo, pensó Sara, quiero apreciar algo sencillo.

De pronto vio frente a ella al perro del vecino, triscando sobre la nieve. Brincaba, corría y se revolcaba en la nieve, feliz y contento de estar vivo.

¡Eres un perro feliz, Brownie! Yo te aprecio, pensó Sara, que se hallaba a unos doscientos metros del can. En éstas Brownie echó a correr hacia Sara como si ésta fuera su ama y le hubiera llamado por su nombre. Meneando alegremente el rabo, el gigantesco, sarnoso Y peludo can giró dos veces alrededor de Sara y, apoyando las patas sobre sus hombros, la empujó hasta derribada sobre un montón de nieve que había formado la máquina quitanieves hacía unos días. Acto seguido le lamió la cara con su lengua cálida y húmeda.

-Ya veo que tú también me quieres, Brownie

--dijo Sara, riéndose a carcajadas y sin fuerzas para levantarse.

Esa noche, acostada en su cama, Sara pensó en todo lo que había ocurrido aquella semana. Es como si me hubiera montado en una montaña rusa. En una sola semana, me he sentido mejor y peor que nunca. Disfruto de mis charlas con Salomón, disfruté aprendiendo a volar, pero esta semana pillé también una buena rabieta. i Todo esto es muy extraño!

Piensa en lo que aprecias. Sara hubiera jurado que había oído la voz de Salomón en su cuarto.

-Es imposible -dijo-o Simplemente recuerdo lo que me dijo Salomón.

Y con esto Sara se volvió de lado, para reflexionar.

Aprecio esta cama calentita, desde luego, pensó mientras se arrebujaba bajo las mantas. Y mi almohada. Y también aprecio mi almohada cómoda y mullida, pensó abrazando la almohada y sepultando la cara en ella. Aprecio a mi madre ya mi padre. Y a Jason. ... y también a Jason.

No sé, pensó Sara, no consigo dar con ese punto en que siento lo que deseo. Quizás esté cansada. Mañana seguiré inatentándolo. Y tras este último pensamiento consciente,

Sara se quedó profundamente dormida.

-¡Estoy volando! ¡Estoy volando de nuevo! -gritó Sara mientras surcaba el aire sobre su casa. Volar no es la palabra adecuada para describir esta sensación, pensó. Es más bien como si flotara. ¡Puedo dirigirme adonde quiera!

Sin el menor esfuerzo, identificando tan sólo el lugar al que deseaba ir, Sara se desplazaba con toda facilidad a través del cielo, deteniéndose de vez en cuando para observar algo en lo que no había reparado antes, descendiendo en ocasiones hasta casi rozar el suelo para volver a elevarse al cabo de unos instantes. ¡Volaba muy alto! Comprobó que si deseaba descender, no tenía más que extender un pie hacia tierra y descendía de inmediato. Y cuando quería volver a subir, no tenía más que alzar la vista hacia el cielo y se elevaba al instante.

¡Quiero pasarme la vida volando! , pensó Sara.

A ver, se dijo, ¿adónde quiero ir ahora? Sara se deslizó por el aire, sobrevolando su diminuto pueblo, contemplando las lucecitas que parpadeaban aquí y allá al tiempo que una familia tras otra apagaba las luces de su casa antes de irse a acostar. Había empezado a nevar ligeramente y Sara se asombró de lo abrigada Y segura que se sentía mientras flotaba al aire libre en plena noche, descalza Y cubierta tan sólo con un camisón de franela. No hace nada de frío, observó.

Prácticamente todas las casas estaban oscuras y el único resplandor que se veía era el de las farolas, colocadas espaciadamente, que iluminaban las calles. Pero en el otro extremo del pueblo Sara vio que las luces de una vivienda seguían encendidas. De modo que decidió dirigirse allí, para ver quién era la persona que estaba aún despierta. Seguramente es alguien que mañana no tiene que madrugar, pensó mientras se aproximaba, extendiendo su pie izquierdo hacia abajo para propiciar un descenso rápido y perfecto.

Sara aterrizó sobre la pequeña ventana de la cocina, alegrándose de que las cortinas estuvieran descorridas y le permitieran mirar dentro. Al hacerlo vio al señor Jorgensen, su maestro, sentado a la mesa de la cocina, frente a un montón de papeles. El señor Jorgensen cogía sistemáticamente un papel, lo leía con atención y luego tomaba otro, y otro... Sara lo miró fascinada. El hombre parecía tomarse aquella tarea muy en serio.

Sara empezó a sentirse un poco culpable por estar espiando a su maestro. Pero es la ventana de la cocina, pensó, no la de un lugar privado como el baño, o el dormitorio.

El señor Jorgensen sonreía, como si disfrutara leyendo esos papeles. Luego escribió algo en uno de ellos. Entonces Sara comprendió lo que hacía su maestro. Leía los ejercicios que ella y sus compañeros le habían entregado después de clase. Los leía uno por uno, detenidamente.

Con frecuencia Sara hallaba unas palabras escritas en la parte superior o en el dorso de los ejercicios que el señor Jorgensen le devolvía, cosa que ella no apreciaba mucho. No hay manera de complacer/e, solía pensar Sara al leer las notas escritas en sus ejercicios.

Pero al ver al hombre leer un ejercicio tras otro y escribir unas notas en ellos, mientras el resto de los habitantes del pueblo dormía a pierna suelta, Sara experimentó una extraña sensación. Se sintió casi mareada cuando su antigua y negativa opinión sobre el señor Jorgensen y su nueva opinión sobre él chocaron dentro de su cabeza.

-¡Caray! -exclamó Sara. Al alzar la vista su cuerpo menudo se elevó a toda velocidad sobre la casa de su maestro.

Sara sintió como si una cálida ráfaga de viento brotara de su interior, envolviendo su cuerpo y haciendo que se le pusiera la carne de gallina. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el corazón le dio un vuelco de alegría mientras se elevaba hacia el cielo, contemplando a sus pies el bonito pueblo cuyos habitantes (casi todos) dormían plácidamente.

Siento aprecio por usted, señor Jorgensen, pensó Sara al sobrevolar por última vez la casa del maestro antes de regresar a la suya. Cuando giró la cabeza para observar la ventana de la cocina del señor Jorgensen, le pareció ver que éste se levantaba para asomarse a ella.

CAPÍTULO TRECE

-Hola, señor Matson -dijo Sara al atravesar el puente de la calle Mayor camino de la escuela.

El señor Matson alzó la vista del motor del coche sobre el que estaba inclinado. Durante los muchos años que llevaba trabajando en la única gasolinera del pueblo, situada en la esquina de la calle Mayor y la calle central, había visto centenares de mañanas a Sara dirigirse a la escuela. Pero era la primera vez que la niña se dignaba saludarlo. Perplejo y sin saber cómo corresponder al saludo, el hombre hizo un gesto ambiguo con la mano. Lo cierto era que la mayoría de las personas que conocían a Sara habían notado unas sorprendentes diferencias en el comportamiento de la niña, por lo general introvertida. En lugar de andar siempre con la vista clavada en sus pies, o absorta en sus pensamientos, Sara se mostraba extrañamente interesada en lo que ocurría en su pueblo de montaña, insólitamente observadora y asombrosamente comunicativa.

-¡Hay muchas cosas que apreciar! -murmuró Sara para sus adentros. La máquina quitanieves ha limpiando la mayoría de las calles. Lo cual es muy de agradecer, pensó. Eso también lo aprecio.

Vio un camión de reparaciones aparcado frente a la tienda de Bergman's, con la escalera extensible desplegada por completo. Había un operario encaramado en lo alto de la escalera, manipulando un poste del tendido eléctrico, mientras su compañero le observaba atentamente desde el suelo. Sara se preguntó qué estarían haciendo, y llegó a la conclusión de que seguramente estaban reparando uno de los cables de energía eléctrica que estaban cubiertos de hielo. Eso está bien, pensó. Es muy de agradecer que esos hombres se ocupen de que funcione la electricidad en nuestro pueblo. Lo aprecio sinceramente.

Cuando Sara entró en el patio de la escuela, un bus escolar, lleno de niños, dobló la esquina y se detuvo ante la fachada. Sara no vio sus rostros porque todas las ventanas estaban empañadas de vaho, pero conocía perfectamente el trayecto del bus. El conductor, que llevaba desde antes del amanecer recorriendo todo el condado para recoger a sus díscolos pasajeros, ayudó a la mitad de los mismos a apearse frente a la escuela de Sara. La otra mitad la depositaría ante la vieja escuela de Sara, situada en la calle Mayor. Es muy de agradecer lo que hace el conductor del bus, pensó Sara. Lo aprecio mucho.

Al entrar en el edificio Sara se quitó el grueso abrigo, sintiendo el grato calor que reinaba en el interior. Aprecio este edificio, y la caldera que lo mantiene caldeado, y al conserje que se encarga de encender/a. Recordó haberle visto arrojar unas paladas de carbón a la caldera, para alimentar el fuego durante unas horas, y haberle visto retirar

las grandes escorias rojas de la caldera. Aprecio a este conserje que se encarga de que no pasemos frío.

Sara se sentía estupendamente. Estoy empezando a captar la importancia de apreciar ciertas cosas, pensó. Me extraña que no se me ocurriera antes. ¡Es genial ¡

-¡Hola, carita de bebé!

Sara oyó una voz falsamente nasal burlándose de alguien. Era un comentario tan antipático, que al oírlo Sara hizo una mueca de disgusto. El contraste entre la maravillosa sensación que había experimentado y el desagradable sonido de esas palabras le chocó.

¡Ya están metiéndose otra vez con el pobre Donald!, pensó Sara. En efecto, los dos bravucones habían vuelto a las andadas. Habían acorralado a Donald en el pasillo y el pobre niño estaba apretujado contra su taquilla. Sara vio los rostros de Lynn y Tommy sonriendo despectivamente a escasos centímetros del de Donald.

De golpe Sara perdió su timidez.

-¡Sois unos cafres! ¿Por qué no os metéis con alguien de vuestro tamaño? -Eso no era exactamente lo que la niña pretendía decir, puesto que Donald era bastante más alto que los otros dos, pero la confianza que les daba el hecho de andar siempre en pareja colocaba a Donald, la víctima de turno, en una situación de clara desventaja.

-¡Donald tiene novia, Donald tiene novia! -canturrearon los dos bravucones al unísono. Sara se sonrojó de vergüenza y al cabo de unos instantes su rubor se intensificó debido a la ira.

Los dos chicos se pusieron a reír y echaron a andar por el pasillo, dejando a Sara ahí plantada, sofocada y sintiéndose abochornada e incómoda.

-¡No necesito que me defiendas! -gritó Donald, descargando de nuevo su ira sobre Sara para ocultar sus lágrimas de vergüenza.

Dios santo, pensó Sara. He vuelto a meter la pata. ¡Es que no escarmiento! A ti también te aprecio, Donald, pensó Sara. Gracias a ti, he comprendido que soy una idiota. Una idiota que no escarmienta.

CAPÍTULO CATORCE

-Hola, Salomón -saludó Sara en un tono inexpresivo, colgando su cartera del poste de la cerca junto al búho.

Buenos días, Sara, Hace un día espléndido, ¿no crees? -Supongo que sí -respondió Sara distraídamente, sin percatarse, pues le tenía sin cuidado, de que el sol lucía de nuevo. Después de aflojarse el nudo de la bufanda, se la quitó y la guardó en el bolsillo.

Salomón aguardó en silencio a que Sara pusiera en orden sus ideas y le lanzara su acostumbrada andanada de preguntas, pero ese día la niña se mostraba extrañamente taciturna.

-No lo entiendo, Salomón --dijo por fin Sara.

¿Qué es lo que no entiendes?

-No entiendo de qué sirve que yo aprecie las cosas.

No veo que me haga ningún bien ni a mí ni a nadie. ¿A qué te refieres?

-Había empezado a pillar la onda. Llevo toda la semana practicando. Al principio me costó bastante, pero luego me resultó más fácil. Hoy, lo apreciaba todo hasta que llegué a la escuela y vi a Lynn y a Tommy metiéndose otra vez con el pobre Donald.

¿Y qué ocurrió?

-Que me enfadé. Me enfadé tanto que les grité.

Quería que dejaran a Donald en paz, para que pueda ser feliz. He vuelto a meter la pata, Salomón. Me uní a su cadena de dolor. No he escarmentado. Odio a esos chicos, Salomón. Son asquerosos.

¿Por qué les odias?

-Porque me han amargado un día perfecto. Me había propuesto apreciar a todas las personas y los objetos que viera hoy. Cuando me desperté esta mañana, aprecié mi cama, mi desayuno, a mis padres e incluso a Jason. De camino a la escuela vi muchas cosas que aprecié, pero esos chicos lo han estropeado todo, Salomón. Han conseguido que vuelva a sentirme mal. Como antes de que aprendiera a apreciar las cosas.

No me extraña que estés enfadada con ellos, Sara, pues has caído en una trampa terrible. La peor trampa que existe en el mundo.

Sara se asustó al oír esas palabras. Había visto las trampas caseras que construían Jason y Billy Y había liberado a muchos de los ratoncitos, ardillas y pájaros que ellos gozaban capturando. La idea de que alguien la hiciera caer en una trampa la aterrorizaba.

-¿Una trampa? ¿A qué te refieres, Salomón? Verás, Sara, cuando tu felicidad depende de lo que otras personas hagan o dejen de hacer, estás atrapada, porque no puedes controlar lo que piensen o hagan. Descubrirás la auténtica libertad - una libertad que ni siquiera imaginas cuando descubras que tu felicidad no depende de otros. Tu felicidad sólo depende de aquello a lo que decidas prestar atención.

Sara escuchó en silencio mientras unos gruesos lagrimones rodaban por sus sonrosadas mejillas.

En estos momentos te sientes atrapada porque crees que no pudiste haber reaccionado de forma distinta ante lo ocurrido. Cuando ves algo que te hace sentir incómoda, reaccionas de acuerdo con las circunstancias. Crees que sólo puedes sentirte mejor si las circunstancias son mejores. Y como no puedes controlar las circunstancias, te sientes atrapada.

Sara se enjugó el rostro con la manga. Se sentía profundamente turbada. Salomón tenía razón. Se sentía atrapada. Y deseaba liberarse de esa trampa.

Sigue practicando el sentimiento de aprecio, Sara, y no tardarás en sentirte mejor. Iremos resolviendo el tema poco a poco. Ya lo verás. No te costará comprenderlo. No dejes de divertirte. Mañana proseguiremos nuestra charla. Que descanses.

CAPÍTULO QUINCE

Salomón estaba en lo cierto. Las cosas empezaron a mejorar. De hecho, las semanas siguientes fueron las mejores que recordaba Sara. Todo iba como la seda. Las jornadas escolares se le hacían cada vez más cortas y Sara comprobó asombrada que empezaba a sentirse a gusto en la escuela. Pero Salomón seguía siendo la mejor parte de la jornada de Sara.

-Me alegro de haberte encontrado en este bosquecillo, Salomón -dijo Sara-. Eres mi mejor amigo.

Yo también me alegro, Sara. Somos aves del mismo plumaje.

-Tienes razón a medias -contestó Sara echándose a reír. Al contemplar el maravilloso plumaje de Salomón sintió un tierno aprecio hacia él.

-¿Pero qué significa esa expresión, Salomón?

La gente utiliza esa expresión para indicar que las cosas que se asemejan se juntan. Las cosas y seres que se asemejan se atraen mutuamente.

-¿Como se juntan los petirrojos, los cuervos o las ardillas?

Más o menos. Todas las cosas que se asemejan lo hacen, Sara. Pero la semejanza no siempre radica en lo que tú crees. Por lo general no es tan evidente que pueda distinguirse a simple vista.

-No lo entiendo, Salomón. Si no puede verse, ¿cómo sabemos si unas cosas se asemejan o son distintas?

Lo presientes, Sara. Pero requiere práctica, y antes de practicarlo debes saber lo que buscas, y como la mayoría de las personas no conocen las reglas más elementales, no saben lo que deben buscar.

-¿Como las reglas de un juego, Salomón?

Más o menos. En realidad, sería más preciso llamarlo «la ley de la atracción universal», según la cual todos los cuerpos semejantes se atraen mutuamente.

-« ¡Dios los cría y ellos se juntan!» -exclamó Sara alegremente. Había oído a su madre decirlo a veces, pero no se había parado a pensar en lo que significaba y jamás se le habría ocurrido que pudiera aplicarse a su amistad con un búho.

Eso es, Sara. La ley de la atracción universal afecta a todas las personas y todos los objetos en el Universo.

-Pero no acabo de entenderlo, Salomón. Explícamelo, por favor.

Mañana, a medida que transcurra el día, observa las pruebas de esta ley. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos, y, sobre todo, presta atención a cómo te sientes mientras observas los objetos, las personas, los animales y las situaciones que te rodean. Diviértete con esto, Sara. Mañana seguiremos hablando del tema.

Hummm, Aves del mismo plumaje, Dios los cría y ellos se juntan..., pensó Sara. Mientras no cesaba de dar vueltas en su cabeza a esas palabras, una numerosa bandada de gansos que se hallaban en el prado alzaron el vuelo y pasaron sobre ella. A Sara le encantaba observar a esos gansos de invierno, los cuales al volar trazaban unos dibujos asombrosos en el cielo. No dejaba de ser una casualidad, pensó sonriendo, que Salomón y ella hubieran hablado hacía poco sobre aves del mismo plumaje y de improvisto apareciera esa inmensa bandada de aves surcando el cielo. ¡Hummm, la ley de la atracción universal!

CAPÍTULO DIECISÉIS

El viejo y resplandeciente Buick negro del señor Pack aminoró la marcha al pasar junto a Sara. La niña saludó con la mano a los señores Pack y éstos correspondieron a su saludo.

Sara recordó los comentarios de su padre sobre sus ancianos vecinos.

«Esos viejos son idénticos.»

«Incluso se parecen físicamente», había añadido su madre.

Hummm, reflexionó Sara, es verdad que se parecen mucho. y recordó el día en que había conocido a esos vecinos. «Ambos van siempre muy atildados», había observado su madre desde el principio. El coche del señor Pack era siempre el más reluciente del pueblo.

«Debe de lavarlo todos los días», había comentado su padre con aspereza, pues no apreciaba el Contraste entre el coche del señor Pack, que siempre estaba limpio, y el suyo, generalmente sucio. El césped y el jardín del señor Pack estaban siempre cuidados y las plantas presentaban un aspecto impecable. la señora Pack era tan ordenada como su marido. Sara no había tenido muchas Oportunidades de entrar en casa de los Pack, pero las pocas veces que había puesto los pies en ella, por haberla enviado su madre con

un recado, le había impresionado lo ordenada y limpia que estaba siempre, sin un detalle fuera de lugar. ¡La ley de la atracción universal!, pensó Sara.

El hermano de Sara, Jason, y su revoltoso amigo Billy, pasaron a toda velocidad Junto a Sara montados en sus bicis, aproximándose cuanto podían sin chocar con ella. -¡Eh, Sara, fíjate por dónde vas! -se mofó Jason.

Sara les oyó reír a carcajadas mientras circulaban por la calle.

¡Mocosos!, pensó Sara Ocupando de nuevo su lugar en la calzada, irritada por haberse apartado para dejarles pasar.

-Son tal para cual -masculló_. Se divierten haciendo trastadas. -De pronto se paró en seco-o Aves del mismo plumaje -comentó sonriendo. ¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Ésa es la ley de la atracción universal!

¡Y afecta a todas las personas y objetos que existen en el Universo! Sara recordó las palabras de Salomón.

Al día siguiente, Sara pasó un buen rato buscando pruebas de la ley de la atracción universal.

¡Están en todas partes!, pensó mientras observaba a adultos, niños y adolescentes ocupándose de sus quehaceres en el pueblo.

Sara se detuvo en Hoyt's Store, una tienda de ultramarinos y otros artículos, situada en el centro del pueblo, no lejos del camino a la escuela. Compró una goma de borrar para suplir a la que un compañero le había perdido prestada ayer y no se la había devuelto, y una chocolatina para después del almuerzo.

A Sara le gustaba entrar en esta tienda. Siempre le producía una sensación agradable. Los dueños de la tienda eran tres hombres joviales y risueños que continuamente estaban dispuestos a bromear con las personas que entraban en el establecimiento. Como era la única tienda de ultramarinos del pueblo, siempre estaba llena, pero incluso cuando se formaban largas colas, los dueños no dejaban de sonreír y bromear con quienquiera que les siguiera el juego.

-¿Cómo te va, pequeña? -le preguntó sonriendo el más alto de los tres hombres.

Su entusiasmo sorprendió un poco a Sara. Los dueños de la tienda no solían bromear con ella, cosa que a Sara le tenía sin cuidado, pero hoy parecían más dispuestos.

-Muy bien -respondió Sara resueltamente.

-¡Así me gusta! ¿Qué vas a comerte en primer lugar, la chocolatina o la goma de borrar?

-Creo que primero me comeré la chocolatina. ¡La goma de borrar la reservo para el postre! -contestó Sara sonriendo.

El señor Hoyt soltó una carcajada, sorprendido del buen humor de Sara. Su ingeniosa respuesta sorprendió también a la misma Sara.

-¡Que pases un buen día, tesoro! ¡Diviértete!

Sara se sentía estupendamente cuando salió de la tienda y enfiló por la calle Mayor. Aves del mismo plumaje, pensó. La ley de la atracción universal. ¡Está en todas partes!

¡Qué día tan hermoso! Sara alzó la vista y contempló el cielo límpido y azul, apreciando el tibio y maravilloso día de invierno.

-¡Brrrruuuuum! –gritaron Jason y Billy al unísono al pasar como una exhalación junto a Sara, montados en sus bicicletas y pedaleando a toda velocidad. Pasaron casi rozándola, sin chocar con ella pero salpicándole las piernas de barro.

-¡Monstruos! -chilló Sara enfurecida. Esto no tiene sentido. Tengo que comentárselo a Salomón.

Cuando sus empapadas ropas se secaron Sara consiguió eliminar la mayoría de manchas de barro, pero al término de la jornada seguía sintiéndose confundida y furiosa. Estaba furiosa con] asan, pero eso no era una novedad. También estaba enfadada con Salomón, con la ley de la atracción universal, con las aves del mismo plumaje y con las personas malas. En realidad, estaba enfadada prácticamente con todo el mundo.

Como de costumbre, Salomón estaba posado sobre la cerca, esperando pacientemente la visita de Sara.

Hoy pareces muy excitada, Sara. ¿De qué quieres hablarme?

-¡Hay algo que no encaja en esta ley de la atracción universal! -contestó Sara.

La niña se detuvo, esperando a que Salomón n la corrigiera.

Continúa, Sara.

-Dijiste que según la ley de la atracción todos los cuerpos semejantes se atraen mutuamente, ¿no es así? y Jason y Billy son malos. Se pasan el día buscando la forma de fastidiar a la gente. -Sara se detuvo unos instantes, suponiendo que Salomón la interrumpiría.

Prosigue.

-Pero yo no soy mala, Salomón. Quiero decir que no me dedico a salpicar a las personas con barro ni atropelladas con mi bici. No atrapo ni mato a animalitos ni desinflo los neumáticos de la gente, así que no entiendo por qué Jason y Billy andan siempre detrás de mí. No somos aves del mismo plumaje. ¡Somos muy distintos!

¿De veras crees que Jason y Billy son malos, Sara?

-¡Estoy convencida!

Son unos granujas, en eso estoy de acuerdo contigo, dijo Salomón sonriendo, pero son como todas las personas y los seres del Universo. Constituyen una mezcla de lo deseable y lo indeseable. ¿No has visto nunca hacer algo bueno a tu hermano?

-Alguna vez, pero muy pocas -balbució Sara-o Tengo que pensar en ello. Pero sigo sin entenderlo, Salomón. ¿Por qué no me dejan tranquila? ¡Yo no me meto con ellos!

Escucha, Sara. Siempre tienes la opción de contemplar algo que deseas, o algo que no deseas. Cuando contemplas algo que deseas, por el simple hecho de mirarlo empiezas a vibrar junto con esa persona o cosa. Te asemejas a esa persona o cosa ¿Lo has entendido, Sara?

-¿Te refieres a que por el mero hecho de observar a una persona que es mala, me convierto también en mala?

No exactamente, pero veo que empiezas a captar/o. Imagina un tablero con lucecitas, aproximadamente del tamaño de tu cama.

-¿Un tablero con lucecitas?

Sí. Un tablero con un millar de lucecitas, como las lucecitas de un árbol de Navidad, que sobresalen del tablero. Un mar de luces. Miles de luces, y tú eres una de ellas. Cuando prestas atención a algo, por el mero hecho de prestar/e atención, tu luz en el tablero se enciende y, en ese momento, todas las otras luces en el tablero -es decir, en una armonía vibratoria con tu luz -, se encienden también. Esas luces encendidas representan tu mundo. Son las personas y las experiencias a las que ahora tienes un acceso vibratorio.

Piensa en ello, Sara. De todas las personas que conoces, a cuál de ellas fastidia y chincha más tu hermano Jason? -¡A mí, Salomón! -respondió Sara sin vacilar-o ¡No deja de chincharme!

Y de todas las personas que conoces, c' cuál de ellas crees que se siente más molesta por las trastadas de Jason? ¿Quién crees que enciende su luz en el tablero de lucecitas en una armonía vibratoria con esos granujas?

Sara rompió a reír, empezando a captar el asunto. -Yo, Salomón. Yo soy quien se siente más molesta por sus trastadas. Mi lucecita en el tablero se enciende constantemente cuando observo a Jason y me enfurezco con él.

De modo, Sara, que cada vez que ves algo que no te gusta, cuando reparas en ello, te resistes a ello y piensas en ello, enciendes tu lucecita en el tablero, pero no consigues librarte de la sensación de molestia. Con frecuencia te pones a vibrar incluso cuando Jason no anda cerca. Eso es porque recuerdas lo que ocurrió la última vez que tu hermano andaba cerca. Pero lo mejor de esto es que siempre sabes, por la forma en que te sientes, con qué o quién has adquirido una armonía vibratoria.

- ¿A qué te refieres?

Cada vez que te sientes feliz, cada vez que sientes aprecio por alguien o algo, cada vez que observas los aspectos positivos de esa persona u objeto, vibras en armonía con lo que sí deseas. Pero cada vez que te sientes enojada o temerosa, cada vez que te sientes culpable o decepcionada, en esos momentos adquieres armonía con lo que no deseas.

-¿Cada vez, Salomón?

Sí. Siempre puedes guiarte por tus sentimientos. Es una guía segura. Medita sobre ello, Sara. Durante los próximos días, mientras observas a las personas que te rodean, presta atención a cómo te sientes. Muéstrate a ti misma con qué adquieres una armonía vibratoria.

-Muy bien. Lo intentaré, Salomón. Pero es muy difícil. Tendré que practicado muchas veces.

Es cierto. Es agradable tener a tantas personas a tu alrededor con las que practicar. Diviértete con esto.

Y tras estas palabras, Salomón alzó el vuelo y desapareció.

Para ti es fácil decir/o, Salomón, pensó Sara. Tú puedes elegir con quién quieres pasar el rato. No tienes que ir a la escuela y soportar a Lynn ya Tommy. No tienes que convivir con Jason.

De pronto, con tanta claridad como si Salomón estuviera allí sentado hablando directamente con ella, Sara le oyó decir:

Cuando tu felicidad depende de lo que otras personas hagan o dejen de hacer, estás atrapada, porque no puedes controlar lo que Piensen o hagan. Descubrirás la auténtica liberación, una libertad que ni siquiera imaginas, cuando descubras que tu felicidad no depende de otros. Tu felicidad depende de aquello en lo que tú decides centrar tu atención.

CAPÍTULO DIECISIETE

Menudo día he tenido, pensó Sara mientras se dirigía hacia el bosquecillo de Salomón.

-¡Odio la escuela! -exclamó sumiéndose de nuevo en el sentimiento de ira que la había embargado en cuanto había entrado en el recinto de la escuela. Siguió avanzando con la vista fija en sus pies, recordando los detalles de aquel espantoso día.

Había alcanzado la puerta de entrada en el preciso momento en que hizo aparición el bus escolar. Cuando el conductor abrió las puertas descendió del vehículo un hatajo de niños revoltosos que por poco atropellan a Sara, empujándola a diestro y siniestro, haciendo que dejara caer sus libros y diseminando el contenido de su cartera por el suelo. Lo peor era que habían pisoteado el ejercicio que debía entregar al señor Jorgensen. Sara había recogido los papeles manchados de barro y los había metido de nuevo en la cartera.

¿Por qué me he esmerado tanto en presentar este estúpido ejercicio con pulcritud? se preguntó Sara, lamentándose de haberse entretenido en escribir el ejercicio por segunda vez antes de doblado con cuidado y guardado en su cartera.

Sara había atravesado la imponente puerta de entrada mientras trataba de ordenar sus cosas, pero a juicio de la señorita Webster no se movía con suficiente rapidez.

-¡Apresúrate, Sara, no puedo perder todo el día! -le había increpado la delgada maestra de tercer curso, odiada por la mayoría de alumnos.

-¡Ni que me hubiera entretenido horas! -había murmurado Sara para sí-o ¡No te fastidia!

Sara había consultado su reloj unas cien veces aquel día, contando los minutos que faltaban hasta que pudiera librarse de esa gentuza tan cruel.

Por fin sonó el último timbre y Sara se marchó.

¡Odio la escuela con toda mi alma! ¿Cómo es posible que algo tan horrible tenga algún valor para alguien?

Como de costumbre, Sara se dirigió hacia el bosquecillo de Salomón y al enfilar el Sendero de Thaker, pensó: Estoy de un humor pésimo. No me había sentido así desde que conocí a Salomón.

-¡Ay, Salomón! -se quejó Sara-. Odio la escuela. Me parece una solemne pérdida de tiempo.

Salomón no dijo nada.

-Es como una jaula de la que no puedes salir, y las personas que hay en la jaula son malas y se pasan el día buscando la forma de herirte.

Salomón siguió sin hacer comentarios.

-No sólo los niños se comportan cruelmente con otros niños, sino que los maestros también son crueles. Supongo que a ellos tampoco les gusta estar ahí.

Salomón permanecía quieto, mirando al frente. Sara observó sus grandes ojos amarillos y comprobó que de vez en cuando parpadeaba, la única indicación de que no estaba dormido.

Por la mejilla de Sara rodó una lágrima al tiempo que la rabia se acumulaba en su interior.

-Sólo quiero ser feliz, Salomón. Pero creo que nunca seré feliz en la escuela.

En ese caso, será mejor que te vayas también del pueblo, Sara.

La niña alzó la vista, sobresaltada al oír el inopinado comentario de Salomón.

-¿Qué dices, Salomón? ¿Que me marche también del pueblo?

Así es, Sara, si quieres marcharte de la escuela porque tiene algunos aspectos negativos, será mejor que te marches también del pueblo, y de este Estado, de este país, de la faz de esta Tierra e incluso de este Universo. Pero el problema, Sara, es que no sé adónde enviarte.

Sara estaba confundida. Éste no era el Salomón que siempre buscaba una solución, el que ella conocía y amaba.

--¿Pero qué dices, Salomón?

Verás, Sara, he comprobado que cada partícula del Universo contiene lo que deseo y lo que no deseo. En cada persona, situación, lugar y momento están siempre presentes esas opciones. Siempre. De modo que si quieres abandonar un lugar, o una circunstancia, porque tiene aspectos negativos, vayas a donde vayas te encontrarás con lo mismo.

Pues vaya consuelo, Salomón. De modo que el problema no tiene solución.

Tu tarea no consiste en buscar el lugar perfecto en el que sólo existan las cosas que deseas. Tu tarea consiste en buscar las cosas que deseas en todos los lugares.

-¿Por qué? ¿De qué me va a servir?

En primer lugar te sentirás mejor y, segundo, a medida que empieces a prestar atención a más cosas que deseas ver, esas cosas se convertirán en parte de tu experiencia. Cada vez te resultará más fácil, Sara.

-¿Pero no son algunos lugares peores que otros, Salomón? La escuela es el peor lugar del mundo.

Verás, Sara, es más fácil hallar cosas positivas en algunos lugares que en otros, pero eso puede convertirse en una enorme trampa.

-¿A qué te refieres?

Cuando ves algo que no te gusta y decides marcharte a otro lugar, por lo general te llevas lo que no te gusta.

-Yo no me llevaría a esos antipáticos maestros ni a esos niños crueles, Salomón.

Quizá no a esos maestros y niños, Sara, pero fueras a donde fueras te encontrarías con otros iguales que ellos. Recuerda lo de «aves del mismo plumaje». Recuerda el «tablero de lucecitas». Cuando ves cosas que no te gustan y piensas en ellas y hablas sobre ellas, acabas pareciéndote a ellas, y en todas partes verás esas mismas cosas.

-Siempre me olvido de esas cosas, Salomón.

Es natural, Sara, porque al igual que la mayoría de las personas has aprendido a reaccionar ante las circunstancias. Si las circunstancias que te rodean son favorables, reaccionas sintiéndote bien, pero si las circunstancias que te rodean son negativas, reaccionas sintiéndote mal.

Por regla general las personas Piensan que en primer lugar deben buscar las circunstancias perfectas, y cuando las han hallado, pueden reaccionar sintiéndose felices. Pero eso les causa una gran angustia, porque enseguida descubren que no pueden controlar las circunstancias.

Has empezado a darte cuenta de que no estás aquí para buscar las circunstancias perfectas. Estás aquí para elegir las cosas que deseas apreciar -que te hacen vibrar como las circunstancias perfectas-, para atraer a las circunstancias perfectas.

-Supongo que tienes razón -suspiró Sara. Todo eso le parecía muy enrevesado.

No es tan complicado como parece, Sara. Lo cierto es que las personas lo complican al tratar de hallar un sentido a las circunstancias que les rodean. Si tratas de descifrar cómo se crea cada circunstancia, o si las circunstancias son las adecuadas, acabas hecha un lío. Si tratas de averiguar esas cosas terminas enloqueciendo. Pero si te limitas a prestar atención cada vez que tu válvula se abre o se cierra, tu vida será mucho más sencilla y feliz.

-¿Mi válvula? ¿A qué te refieres?

En todo momento fluye en tu interior un torrente de energía positiva. Digamos que es como la presión del agua en tu casa. Esa presión del agua siempre está ahí, junto a tu válvula. Si quieres que entre agua en tu casa, no tienes más que abrir la válvula para dejar que penetre. Pero si la válvula está cerrada, el agua no puede entrar. Tu tarea consiste en mantener abierta esa válvula para que pueda entrar el bienestar. El bienestar siempre está a tu disposición, pero debes dejar/o entrar.

-Pero, Salomón -protestó Sara-, ¿de qué me sirve mantener abierta mi válvula en una escuela en la que todos están siempre de malhumor y se comportan con crueldad?

En primer lugar, cuando abras tu válvula no prestarás atención a la crueldad de la gente, y algunas cosas cambiarán ante tus propios ojos. Muchas personas dudan

entre abrir o cerrar sus válvulas, pero cuando entran en contacto contigo y comprueban que tienes tu válvula abierta, se acercan a ti con una sonrisa o una frase amable. Por otra parte, ten en cuenta que una válvula abierta no sólo incide en lo que ocurre hoy, sino en lo que ocurra mañana y pasado mañana. De modo que cuantos más días te sientas feliz, más agradables te resultarán las circunstancias mañana y pasado mañana. Practícalo, Sara.

Comprende que ninguna circunstancia, por negativa que te parezca en ese momento, merece que cierres tu válvula. Lo más importante es proponerte mantener tu válvula abierta.

He aquí algunas palabras que debes recordar, Sara, y repetir tantas veces como puedas: «Mantendré mi válvula abierta pase lo que pase».

-De acuerdo, Salomón -respondió Sara dócilmente, aunque no estaba muy convencida.

Pero recordó que en términos generales las cosas le habían ido mucho mejor desde que practicaba las técnicas que le había propuesto Salomón.

-Lo practicaré. Espero que dé resultado -dijo Sara antes de alejarse del bosquecillo de Salomón. Sería estupendo sentirse bien pase lo que pase. Eso es lo que quiero.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El coche de la madre de Sara estaba aparcado a la entrada. Qué raro, pensó Sara. Mi madre no suele llegar a casa tan temprano.

-Hola, ya estoy aquí -dijo Sara al abrir la puerta de entrada, sorprendida por este insólito anuncio de su llegada. Pero no obtuvo respuesta. Dejó sus libros sobre la mesa del comedor y después de atravesar la cocina y salir al pasillo que conducía a los dormitorios preguntó-: ¿Hay alguien en casa?

-Estoy aquí, cariño -contestó la madre de Sara con su apacible voz. Las cortinas del dormitorio estaban corridas y su madre yacía en la cama con una toalla sobre los ojos y la frente.

-¿Qué te pasa, mamá? -preguntó Sara.

-No es más que un dolor de cabeza, tesoro. Me ha dolido todo el día y al final decidí que no podía quedarme otro minuto más en el trabajo, de modo que regresé a casa. -¿Te sientes mejor?

-La cabeza me duele menos cuando cierro los ojos.

Me quedaré acostada un ratito. No tardaré en salir. Cierra la puerta de la habitación y cuando llegue tu hermano, dile que saldré dentro de un rato. Si duermo unos minutos me sentiré mejor.

Sara salió de la habitación de su madre de puntillas y cerró la puerta con suavidad. Se quedó unos momentos en el pasillo, sin saber qué hacer. Sabía que tenía que hacer las faenas de la casa que hacía cada día de su vida, pero hoy todo parecía distinto.

Sara no recordaba la última vez que su madre no hubiera acudido al trabajo por sentirse indispuesta, y le preocupaba que hubiera llegado tan temprano a casa. Notaba un nudo en el estómago y se sentía desorientada. No se había percatado de hasta qué punto el carácter estable y alegre de su madre tenían un efecto tranquilizador sobre ella.

-Esto no me gusta -dijo Sara en voz alta-o Esperó que el dolor de cabeza de mamá desaparezca enseguida.

Sara. Sara oyó la voz de Salomón. ¿Tu felicidad depende de las circunstancias que te rodean? Creo que ésta es una buena oportunidad para practicar.

-De acuerdo, Salomón. ¿Pero cómo quieres que practique? ¿Qué debo hacer?

Abre tu válvula, Sara. Cuando te sientes mal, significa que tu válvula está cerrada. Procura pensar en algo que haga que te sientas mejor, hasta que notes que tu válvula vuelve a abrirse.

Sara se dirigió a la cocina, pensando en su madre postrada en la cama en la habitación de al lado. Vio el bolso de su madre sobre la mesa de la cocina; no podía dejar de pensar en su madre.

Toma la decisión de hacer algo, Sara. Piensa en tus tareas y decide hacerlas esta noche en un tiempo récord. Decide hacer algo más, algo más que tus tareas habituales.

Esa idea hizo que Sara se pusiera de inmediato manos a la obra. Se movió rápidamente, recogiendo las cosas que diversos miembros de la familia habían ido dejando desperdigadas por la casa, lentamente, a lo largo de varias horas ayer por la tarde, antes de acostarse. Recogió los periódicos diseminados por el suelo de la sala de estar y los colocó en una pila ordenada, tras lo cual quitó el polvo de las superficies de las mesas en la sala de estar. Luego limpió el lavabo y la bañera del único baño de la casa. Vació los cubos de basura en la cocina y la papelera del baño. Ordenó los papeles que tenía su padre diseminados sobre el amplio escritorio de roble, tan enorme que apenas cabía en el rincón de la sala de estar, procurando no dejar nada muy lejos del lugar donde lo había dejado su padre. No estaba segura de si existía cierto orden en el desorden de su padre, pero en todo caso no quería causar problemas. Su padre pasaba muy poco tiempo sentado ante su escritorio, y Sara se preguntaba a menudo por qué había dedicado un espacio tan grande de la sala de estar a aquel trasto. Pero procuraba a su padre un lugar donde reflexionar y, lo que era más importante, un lugar donde dejar los papeles sobre los que no quería seguir pensando en aquellos momentos.

Sara se movió con rapidez, decidida a terminar cuanto antes, y cuando tomó la decisión de no pasar el aspirador sobre la alfombra de la sala de estar, para no molestar a su madre, se percató de lo bien que se sentía después del breve rato que había dedicado a limpiar y recoger la casa. Pero al decidir no pasar el aspirador, para no importunar a su madre que estaba descansando, volvió a concentrarse en la circunstancia negativa, lo cual le hizo sentir de nuevo aquella incómoda sensación en la boca del estómago.

¡Es asombroso!, pensó Sara. Ahora me doy cuenta de que la forma en que me siento depende sólo de las cosas a las que presto atención. Las circunstancias no han cambiado, pero mi atención sí.

Sara se sintió entusiasmada. Había descubierto algo muy importante. Había descubierto que su alegría no dependía de ninguna otra persona ni objeto.

De pronto oyó que se abría la puerta de la habitación de su madre y ésta salió al pasillo y entró en la cocina. -¡Qué limpio y ordenado está todo, Sara! -exclamó su madre, que parecía sentirse más aliviada.

-¿Ya no te duele la cabeza, mamá? -preguntó Sara con ternura.

-Me siento mucho mejor, Sara. He podido descansar un rato porque sabía que tú te ocuparías de todo. Gracias, cariño.

Sara se sentía divinamente. Sabía que en realidad no había hecho mucho más de lo que hacía todos los días al llegar de la escuela. Su madre no la apreciaba por lo que había hecho. Lo que su madre apreciaba era que Sara tuviera su válvula abierta. Lo conseguiré, pensó Sara. Puedo mantener mi válvula abierta sean cuales sean las circunstancias.

Sara recordó la afirmación de Salomón: «Mantendré mi válvula abierta pase lo que pase».

CAPÍTULO DIECINUEVE

Muy bien, Sara. Un diez. Sara leyó las palabras escritas en la parte superior del ejercicio que había hecho ayer y que el señor Jorgensen acababa de devolverle.

Sara trató de reprimir una sonrisa de satisfacción al leer las palabras escritas con bolígrafo rojo. El señor Jorgensen en se volvió para mirada mientras entregaba a la niña sentada delante de ella su ejercicio. Cuando Sara le miró, el maestro le guiñó el ojo.

Sara sintió que el corazón le daba un vuelco de alegría. Se sentía sumamente orgullosa de sí misma. Era un sentimiento nuevo para ella, y le resultaba muy agradable.

Sara estaba impaciente por regresar al bosquecillo y hablar con Salomón.

-¿Qué le ha pasado al señor Jorgensen, Salomón?

-preguntó Sara-o Parece otro hombre.

Es el mismo, Sara, pero has observado otras cosas en él. -No creo que haya observado otras cosas en él, sino que hace cosas que no hacía antes.

¿Por ejemplo?

-Sonríe más que antes. A veces sonríe antes de que suene el timbre. Antes apenas sonreía. ¡Hasta me ha guiñado el ojo! Y en clase cuentas unas historias tan divertidas que hace que nos riamos a carcajadas. Parece más feliz que antes, Salomón.

Todo parece indicar que tu maestro se ha unido a tu cadena de la alegría, Sara.

La niña se quedó pasmada. ¿Acaso Salomón le atribuía a ella el cambio en la conducta del señor Jorgensen?

-¿Quieres decir que he sido yo quien ha hecho que el señor Jorgensen se sienta más feliz?

No ha sido sólo cosa tuya, Sara, porque el señor Jorgensen desea ser feliz. Pero tú le has ayudado a recordar que desea ser feliz. Y le has ayudado a recordar por qué decidió ser maestro. -Yo no he hablado con el señor Jorgensen de esas cosas, Salomón. ¿Cómo pude haberle ayudado a recordarlas?

Lo conseguiste a través del aprecio que sientes por el señor Jorgensen. Verás, cada vez que prestas atención a alguien, o a algo, y al mismo tiempo sientes esa maravillosa sensación de aprecio, haces que se intensifique el estado de felicidad de esas personas. Les proporcionas un baño de aprecio.

-¿Como si las rociara con la manguera del jardín? _Sara rió de gozo, satisfecha de que se le había ocurrido esa ingeniosa analogía.

Sí, Sara, es algo muy parecido. Pero antes de que puedas rociar a las personas con la manguera, tienes que conectada al grifo y abrirlo. Y eso lo haces al apreciarlas. Cada vez que sienten aprecio o amor por alguien, cada vez que ves algo positivo en una persona o en algo, te conectas al grifo.

-¿Quién instala el aprecio en el grifo, Salomón? ¿De dónde sale?

Siempre ha estado ahí, Sara. Es algo natural. -¿Entonces por qué las personas no rocían siempre a los demás con su aprecio?

Porque la mayoría de las personas se han desconectado del grifo, Sara. N o intencionadamente, pero no saben cómo permanecer conectadas a él.

-Así que según tú, ¿puedo conectarme cuando quiera al grifo y rociar con mi aprecio a quien quiera, en cualquier momento y en cualquier lugar?

Así es, Sara. Y cada vez que rocíes a las personas con tu manguera de aprecio, observarás unos cambios evidentes. -¡Vaya! -murmuró Sara, tratando de captar mentalmente la magnitud de lo que acababa de averiguar-o ¡Es como magia, Salomón!

Al principio parece magia, Sara, pero al cabo de un tiempo te parecerá de lo más natural. Sentirse bien -y convertirte en un catalizador para que otros se sientan bien - es la cosa más natural.

Sara cogió la cartera y la chaqueta que se había quitado, dispuesta a despedirse de Salomón hasta el día siguiente.

Recuerda, Sara, que tu tarea consiste en mantenerte conectada al grifo.

Sara se detuvo y se volvió para mirar a Salomón, comprendiendo de golpe que esto quizá no fuera tan fácil, ni tan mágico, corno el búho le había dado a entender. -¿Existe algún truco para mantenerme conectada al grifo, Salomón?

Quizá requiera un poco de práctica, al principio. Pero al cabo de un tiempo conseguirás dominar/o. Durante los próximos días, Piensa en algo, y luego presta atención a cómo te sientes. Observarás que cuando sientas aprecio, satisfacción, cuando felicites a alguien o veas aspectos positivos en una persona u objeto, te sentirás maravillosamente, lo cual significa que estás conectada al grifo. Pero cuando censures, critiques o culpes a alguien por algo, no te sentirás bien. Yeso significa que estás desconectada, al menos durante el rato que te sientes mal. Diviértete con esto, Sara.

Tras esas palabras, Salomón desapareció.

Sara echó a andar hacia su casa sintiéndose eufórica.

Había disfrutado mucho con el juego del aprecio que le había propuesto Salomón, pero la idea de apreciar a alguien o algo con el propósito de conectarse a ese maravilloso grifo le parecía aún más excitante. Le daba más motivos para apreciar lo que le rodeaba.

Sara dobló la esquina y enfiló el último tramo del trayecto hacia su casa cuando vio a la vieja tía Zoie avanzando lentamente por el camino empedrado de su casa.

Sara no la había visto en todo el invierno y le sorprendió veda fuera. Como la tía Zoie no la había visto, Sara se abstuvo de saludada, pues no quería sobresaltada ni entablar con ella la larga conversación que se temía. La tía Zoie caminaba muy despacio, y a lo largo de los años Sara había aprendido a ahorrarse el mal rato de ver a la tía Zoie tratando de hallar las palabras con que expresar sus pensamientos. Parecía corno si su mente trabajara más deprisa que sus labios y se hiciera un lío con los pensamientos que bullían en su cabeza. El hecho de que Sara tratara de ayudada, apuntando alguna que otra palabra, sólo servía para irritar aún más a la tía Zoie. De modo que Sara decidió evitar encontrarse con ella. Pero tampoco era la solución ideal. Le entristeció ver cómo la pobre anciana subía torpemente los escalones de la entrada. Se sujetaba a la barandilla con todas sus fuerzas, avanzando pasito a paso, salvando lentamente los cuatro o cinco escalones del porche de su casa.

Espero no acabar como ella cuando sea vieja, pensó Sara.

Entonces recordó su última charla con Salomón. ¡El grifo! ¡La rociaré con el grifo! Primero, me conectaré al grifo y luego la rociaré con mi aprecio. Pero no lograba experimentar ese sentimiento. Bueno, volveré a intentar/o. Sara se sentía frustrada.

-Esto es importante, Salomón -rogó a su amigo el búho-o La tía Zoie también necesita que la rocíe con mi aprecio.

Pero no obtuvo respuesta de Salomón.

-¿Dónde te has metido, Salomón? -gritó Sara, sin darse cuenta de que la tía Zoie había reparado en su presencia y la observaba desde el porche.

-¿Con quién hablas? -preguntó la anciana a Sara. Sara se sobresaltó.

-Con nadie -respondió turbada, echando a andar apresuradamente por el camino.

Al pasar frente al jardín de la tía Zoie, Sara observó que estaba hecho un lodazal, esperando que su dueña lo plantara de nuevo en primavera. Roja de vergüenza y furiosa, Sara se fue a su casa.

CAPÍTULO VEINTE

_ ¿Dónde estabas ayer, Salomón? -preguntó Sara con tono quejumbroso al encontrarse con el búho, que estaba posado sobre la verja-o Necesitaba que me ayudaras a conectarme al grifo para ayudar a la tía Zoie a sentirse mejor.

¿No sabes por qué tenías problemas para conectarte al grifo, Sara?

-No. ¿Por qué no pude conectarme? Deseaba hacerlo.

¿Por qué?

-Te aseguro que quería ayudar a la tía Zoie. Es muy vieja y se confunde con facilidad. Su vida no debe de ser muy divertida.

¿De modo que querías conectarte al grifo para rociar a la tía Zoie con aprecio, para solucionar sus problemas, para que se sintiera feliz?

-Sí. ¿Me ayudarás, Salomón?

Verás, Sara, me gustaría ayudarte, pero me temo que es imposible.

-¿Por qué? ¿A qué te refieres? La tía Zoie es una anciana muy amable. Creo que te caería bien. Estoy segura de que nunca ha hecho nada malo ...

Estoy convencido de ello, Sara. La tía Zoie es una mujer maravillosa. El motivo de que no podamos ayudarla, en las presentes circunstancias, no tiene nada que ver con ella. Es por ti, Sara.

-¿Por mí? ¿Qué he hecho? ¡Sólo trato de ayudarla! Sí, Sara, eso es lo que deseas. Pero pretendes hacerlo de una forma que no funciona. Recuerda, Sara, tu tarea consiste en conectarte al grifo.

-Ya lo sé, Salomón. Por esto te necesito. Para que me ayudes a conectarme.

Yo no puedo ayudarte, Sara. Tienes que encontrar ese punto donde sientes lo que deseas.

-No te entiendo, Salomón.

Recuerda, Sara, que no puedes formar parte de la cadena de dolor y conectarte al grifo del bienestar al mismo tiempo. Una cosa u otra. Cuando observas una condición indeseable que hace que te sientas mal, ese sentimiento te indica que estás desconectada. Y cuando no estás conectada al flujo natural del bienestar, no tienes nada que dar a los demás.

-¡Jopé, Salomón, esto es horrible! Cuando veo a alguien que necesita ayuda, el mero hecho de ver que necesita ayuda me hace vibrar de un modo que me impide ayudarles. ¡Qué horror! ¡Así no podré ayudar nunca a nadie!

Debes tener presente que lo más importante es permanecer conectada al grifo del bienestar. Por tanto, tienes que mantener tus pensamientos en una situación que haga que te sientas bien. Dicho de otro modo, tienes que estar más pendiente de permanecer conectada al grifo del bienestar que de las circunstancias. Ésa es la clave.

Piensa en lo que ocurrió ayer, Sara. Cuéntame lo que sucedió con la tía Zoie.

-De acuerdo. Cuando regresaba a casa después de clase, vi a la tía Zoie avanzando lentamente por la acera frente a su casa. Está muy achacosa y casi no puede andar, Salomón. Camina apoyada en un viejo bastón de madera.

¿Y qué ocurrió?

-Nada, la observé pensando en lo triste que era que estuviera tan achacosa y le costara caminar... ¿y entonces qué pasó?

-No pasó nada, Salomón...

¿Cómo te sentías en esos momentos, Sara?

-Muy mal. Sentí lástima de la tía Zoie. Apenas podía subir los escalones del porche de su casa. Temí acabar como ella cuando sea vieja.

Eso es lo más importante de todo el asunto, Sara. Cuando notes que te sientes mal, comprenderás que estás contemplando una circunstancia que te desconecta del

grifo. Lo cierto es que te conectas de forma natural al grifo del bienestar, Sara. No tienes que esforzarte en conectarte a él. Pero es importante que prestes atención a tus sentimientos, para saber si estás conectada o desconectada. En eso consisten las emociones negativas.

-¿Qué debo hacer para permanecer conectada al grifo, Salomón?

Según he observado, cuando tu máxima prioridad es permanecer conectada, es más fácil hallar unos pensamientos que te permitan conectarte. Pero hasta que no comprenden que eso es lo más importante, en general las personas no hacen sino dar palos de ciego.

Te propondré unas reflexiones, o frases, y mientras las escuchas presta atención a cómo te sientes, para comprobar si mi frase hace que estés conectada o desconectada del grifo. -Muy bien.

Fíjate en esa pobre anciana. Apenas puede caminar. -Eso hace que me sienta mal, Salomón.

No sé qué será de la tía Zoie. Apenas puede subir la escalera. ¿Qué hará cuando su salud se deteriore?

-Eso hace que me desconecte, Salomón. Está clarísimo.

Me pregunto dónde estarán sus ingratos hijos. ¿Por qué no vienen a cuidar de ella?

-Yo también me lo pregunto, Salomón. Tienes razón. Eso también me desconecta.

La tía Zoie es una anciana fuerte y valerosa. Creo que le gusta su independencia.

-Hummm. Ese pensamiento hace que me sienta mejor.

Aunque alguien se ofreciera a cuidar de ella, probablemente se negaría.

-Sí. Ese pensamiento también hace que me sienta mejor. Seguramente tienes razón, Salomón. Cada vez que trato de ayudada se enfada conmigo. -Sara recordó lo mucho que irritaba a la tía Zoie el que ella tratara de ayudada a completar una frase.

Es una maravillosa anciana, ha vivido una vida larga y satisfactoria. Nada indica que se siente desgraciada. -Eso hace que me sienta bien.

Es posible que viva tal como desea.

-Eso también hace que me sienta bien.

Seguro que podría contarme un montón de historias interesantes sobre las cosas que ha visto. Iré a visitarla de vez en cuando para comprobarlo.

-Eso hace que me sienta muy bien, Salomón. Creo que a la tía Zoie le gustaría que fuera a verla.

Como ves, Sara, puedes analizar una cuestión, en este caso la cuestión de la tía Zoie, y concentrarte en distintas circunstancias. Según cómo te sientas sabrás si la circunstancia es favorable o no.

Sara se sentía mucho mejor.

-Creo que empiezo a entenderlo, Salomón.

Yo también lo creo, Sara. Ahora que deseas comprenderlo conscientemente, confío en que tengas muchas oportunidades para comprobarlo. Diviértete con esto, Sara.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Las cosas mejoraban a pasos agigantados. Cada día ofrecía muchas más cosas buenas que malas.

Me alegro de haber encontrado a Salomón. O de que Salomón me haya encontrado a mí, pensó Sara a su regreso de la escuela un día en que no había ocurrido ningún incidente negativo. Mi vida ha mejorado mucho.

Sara se detuvo sobre el puente de la calle Mayor para apoyarse en la barandilla y contemplar el caudaloso río, sonriendo satisfecha. Se sentía feliz. Aquel día todo iba como la seda en el mundo de Sara.

Al oír unos gritos infantiles, Sara alzó la cabeza y vio a Jason y a Billy corriendo como jamás les había visto correr. Cuando pasaron frente a ella como una exhalación, Sara dedujo que no habían reparado en su presencia. Pasaron corriendo a toda velocidad frente a Hoyt's Store, sujetándose sus gorras. Corrían de una forma tan cómica, que Sara se echó a reír. Tenían un aspecto ridículo, corriendo a una velocidad tan impresionante que tenían que sujetarse las gorras para no perderlas. Esos dos siempre tratan de romper la barrera del sonido, pensó Sara sonriendo, pero notó que ya no la irritaban como antes. En realidad Jason y Billy no habían cambiado, pero ya no conseguían enfurecerla. Al menos, no tanto como antes.

Sara saludó con la mano al señor Matson, que como de costumbre tenía la cabeza debajo del capó del coche de un cliente, tras lo cual siguió caminando hacia el bosquecillo de Salomón.

-¡Qué día tan espléndido! -exclamó Sara en voz alta, alzando la vista para contemplar el hermoso cielo azul de la tarde y aspirar el aire puro primaveral.

Sara solía sentirse más animada cuando se fundía la última nieve del invierno y empezaban a asomar la hierba y las flores de la primavera. El invierno era muy lar¬go en ese lugar, pero no era la desaparición del invierno lo que animaba a Sara, sino el hecho de que terminaran las clases. Los tres meses de libertad que se avecinaban eran motivo más que suficiente para que Sara se alegrara. Pero sabía que su alegría no tenía que ver con el hecho de que estuviera a punto de terminar el curso, sino con el descubrimiento de su válvula. Había aprendido a mantenerla abierta en cualquier circunstancia.

Me encanta sentirme libre, pensó Sara. Me encanta sentirme bien. Me encanta no temer nada...

-¡Ayyyy! -gritó de pronto, saltando para no tropezar con la serpiente más gigantesca que jamás había visto, la cual estaba extendida cuan larga era, y era larguísima, en el camino. Tras aterrizar en el suelo, Sara echó correr como alma vendida al viento, sin detenerse un instante hasta cerciorarse de haber dejado bien atrás a la serpiente.

»Quizá no sea tan valiente como creía -dijo Sara, riéndose de sí misma. Luego rompió a reír a carcajadas al comprender el motivo que había puesto en fuga a Jason ya Billy y sus pocas ganas de detenerse para cincharla. Cuando llegó al bosquecillo de Salomón, aún se reía.

Salomón esperaba a Sara ilusionado y pacientemente. Te veo hoy muy alegre, Sara.

-¡Últimamente me ocurren unas cosas muy extrañas, Salomón! Justo cuando empezaba a pensar que comprendía una cosa, ocurría algo que me demostraba que no entendía nada. Había empezado a pensar que era muy valiente, que nada me asustaba, pero ha ocurrido algo que me ha dado un susto de muerte. ¡Qué raro es todo esto, Salomón!

No pareces muerta de miedo, Sara.

-Bueno, quizá haya exagerado un poco, porque, como puedes ver, no estoy muerta...

Me refería a que no pareces asustada. Te veo muy alegre y risueña.

-Ahora me río, pero cuando me topé con una serpiente gigantesca en el camino, dispuesta a morderme, no me reí en absoluto. Pensaba en lo valiente e intrépida

que me he vuelto, cuando de pronto sentí pánico y eché a correr como si me persiguiera el diablo.

Entiendo, respondió Salomón. No seas demasiado dura contigo misma, Sara. Es muy normal reaccionar de esa forma cuando te enfrentas a una circunstancia que te desagrada. No es tu reacción inicial a algo lo que marca el tono de tu vibración, ni de tu punto de atracción, lo que influye de modo decisivo es lo que hagas más tarde.

-¿Qué quieres decir?

¿Por qué crees que te asustaste al ver la serpiente? -¡Pues porque era una serpiente, Salomón! ¡Esos bichos me horripilan! Te muerden y hacen que te pongas enferma, hasta pueden matarte. Algunas se enroscan alrededor de tu cuerpo y te asfixian -declaró Sara, muy ufana, recordando los detalles de un horripilante documental sobre la naturaleza que había visto en la escuela.

Sara se detuvo para recuperar el resuello y tratar de calmarse. Sus ojos centelleaban y el corazón le latía con violencia.

¿Crees que estas palabras que has pronunciado hacen que te sientas mejor o peor, Sara?

La niña reflexionó unos momentos antes de responder. Estaba tan excitada y ansiosa de explicar el efecto que le producían las serpientes, que no se había parado a pensar en cómo le afectaban sus palabras.

A eso me refería cuando dije que lo más importante es lo que hagas más tarde, Sara. Mientras hablas sin parar sobre esa y otras serpientes y todas las cosas horribles que pueden hacerte, permaneces en una vibración negativa, lo cual indica que es muy probable que atraigas otras experiencias desagradables relacionadas con serpientes.

_ ¿Pero qué puedo hacer, Salomón? ¡Si hubieras visto a esa serpiente gigantesca! Por poco tropiezo con ella. Cualquiera sabe lo que me habría hecho... y dale. Sigues imaginando, Y manteniendo como tu imagen de pensamiento, algo que no deseas.

Sara guardó silencio. Sabía a qué se refería Salomón, pero no sabía qué hacer al respecto. La serpiente era tan enorme, la había tenido tan cerca Y le había dado tanto miedo, que no podía plantearse el asunto de otro modo.

-De acuerdo, Salomón, dime qué habrías hecho tú si fueras una niña y por poco pisas una serpiente gigantesca.

En primer lugar, Sara, ten presente que tu objetivo, ante todo, es hallar un punto en el que te sientas mejor. Si te concentras en otro objetivo, te desviarás del camino que debes seguir. Si tratas de adivinar dónde se ocultan todas las serpientes, te sentirás peor. Si te propones mantenerte ojo avizor para no volver a tropezarte con otra serpiente, te sentirás agobiada. Si tratas de aprender a identificar a todas las serpientes, para clasificar/as como buenas o malas, te sentirás abrumada ante una tarea tan ingente. Si tratas de analizar las circunstancias, sólo conseguirás sentirte peor. Tu único objetivo es tratar de enfocar este asunto de forma que te sientas mejor de lo que te sentías cuando pegaste un salto y echaste a correr para huir de la serpiente.

-¿Y qué debo hacer, Salomón?

Repetirte algo como: «Esta gigantesca serpiente está tumbada al sol. Se alegra de que el invierno haya terminado, y le gusta tomar el sol, lo mismo que a mí».

-Pero eso no hace que me sienta mejor.

Entonces repite: «Esta gigantesca serpiente no siente el menor interés por mí. Ni siquiera alzó la vista cuando pasé coarriendo junto a ella. Tiene otras cosas que hacer que dedicarse a morder a las niñas».

-Eso sí hace que me sienta mejor. ¿Qué más? «Siempre ando con cautela, continuó Salomón. Menos mal que vi a la serpiente, o intuí su presencia y salté sobre

ella para no importunarla. La serpiente habría hecho lo mismo para no tropezar conmigo. »

-¿Tú crees que eso es lo que habría hecho la serpiente, Salomón? ¿Cómo lo sabes?

Hay multitud de serpientes a tu alrededor, Sara. Habitan en el río, entre la hierba que Pisas. Cuando pasas junto a ellas, se apartan de tu camino. Saben que hay espacio suficiente para todos. Conocen el equilibrio perfecto de tu planeta físico. Ellas también mantienen sus válvulas abiertas, Sara.

-¿Las serpientes tienen unas válvulas?

Por supuesto. Todos los animales de tu planeta tienen válvulas. Y por lo general las mantienen abiertas.

-Hummm -murmuró Sara, sintiéndose mucho mejor.

¿Ves cómo te sientes más animada? Nada ha cambiado.

La serpiente sigue tumbada en el lugar donde la viste. Las circunstancias no han cambiado. Lo que ha cambiado es la forma en que te sientes.

Sara comprendió que Salomón estaba en lo cierto. A partir de ahora, cuando pienses en serpientes, sentirás una emoción positiva. Se abrirá tu válvula, y las suyas también. Y seguiréis viviendo en armonía.

Los ojos de Sara brillaban de satisfacción al captar el significado de las palabras del búho.

-De acuerdo, Salomón. Tengo que irme. Te veré mañana.

Salomón sonrió cuando Sara echó a andar por el camino brincando de gozo. De pronto la niña se detuvo y preguntó sin volverse:

-¿Crees que volveré a tener miedo de las serpientes, Salomón?

Es posible, Sara. Pero si sientes miedo, ya sabes cómo eliminarlo.

-Es verdad -respondió Sara sonriendo.

Y con el tiempo, añadió Salomón, tu temor desaparecerá por completo. No sólo el que te inspiran las serpientes, sino todo lo demás.

Durante el camino de regreso a casa después de abandonar el bosquecillo, Sara contempló la nueva hierba primaveral y se preguntó cuántas serpientes se ocultarían allí. Al principio se estremeció un poco ante la terrorífica perspectiva de que hubiera unas serpientes acechándola entre los matojos de los caminos que ella recorría, pero luego pensó en lo amables que eran por permanecer ocultas y apartarse de su camino. Les agradecía que no aparecieran de sopetón para asustada, como solían hacer Jason Y Billy. Sara sonrió mientras enfilaba el camino empedrado de su casa y entraba en el jardín. Se sentía fuerte y triunfante. Se alegraba de haber dejado sus temores atrás. Se sentía estupendamente.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

-¡Sara, Sara! ¿A que no adivinas lo que ha pasado? ¡Hemos encontrado a Salomón!

¡No puede ser!, pensó Sara, deteniéndose en la calle mientras Jason y Bi11y corrían hacia ella montados en sus bicicletas.

-¿Cómo que habéis encontrado a Salomón? ¿Dónde lo habéis encontrado?

-En el Sendero de Thacker. ¿Ya que no adivinas qué hemos hecho? ¡Le hemos pegado un tiro! -declaró Jason muy ufano.

Sara se sintió desfallecer y estuvo a punto de caer al suelo. Sus rodillas apenas la sostenían.

-Estaba posado sobre la cerca, de modo que le obligamos a alzar el vuelo y Billy le disparó un tiro con su carabina de aire comprimido. ¡Ha sido increíble, Sara! Pero no es tan grande como imaginábamos. Es todo plumas.

Sara no daba crédito a sus oídos. El impacto de lo que acababa de oír era tan intenso, tan importante... Pero lo único que parecía interesarle a] asan era el hecho de que Salomón fuera menos voluminoso de lo que había creído. A Sara le parecía que iba a estallarle la cabeza. Dejó la cartera en el suelo y echó a correr más deprisa de lo que había corrido nunca hacia el bosquecillo de Salomón.

-¡Salomón! ¡Salomón! ¿Dónde estás? -gritó Sara desesperada.

Estoy aquí, Sara. No te alarmes.

De pronto Sara vio a Salomón postrado en el suelo como un pelele.

-¡Ay, Salomón! -exclamó Sara cayendo de rodillas sobre la nieve-o ¿Qué te han hecho? ¡Estás malherido!

El pobre búho estaba hecho una pena. Era un amasijo de plumas tiesas y desordenadas y la blanca e inmaculada nieve que le rodeaba estaba teñida de sangre. -¡Salomón, Salomón! ¿Qué puedo hacer?

No ha pasado nada grave, Sara, te lo aseguro.

-Pero estás sangrando. Todo está lleno de sangre. ¿Te pondrás bien?

Por supuesto, Sara. Todo tiene solución.

-No me vengas con esas pamplinas de que todo tiene solución. ¡Está claro que no es así!

Acércate, Sara, dijo Salomón.

Sara se acercó a rastras hasta donde se hallaba Salomón y le sostuvo la cabeza con una mano mientras con la otra le acariciaba debajo de la barbilla. Era la primera vez que tocaba a Salomón, cuyas plumas tenían un tacto suave. En aquellos momentos parecía muy vulnerable. Unos gruesos lagrimones rodaron por las mejillas

No confundas a este maltrecho montón de huesos y plumas con lo que realmente es Salomón. Este cuerpo no es sino un punto focal, o un punto de perspectiva, que deja entrever algo infinitamente más importante. Al igual que tu cuerpo tampoco eres realmente tú, Sara. No es sino la perspectiva que utilizas, de momento, para dejar que tu auténtica persona juegue, se desarrolle y sea feliz.

-Pero yo te quiero, Salomón. ¿Qué haré sin ti?

¿De dónde sacas esas cosas, Sara? Salomón no va a desaparecer. ¡Salomón perdurará eternamente!

-¡Te estás muriendo, Salomón! -protestó Sara, sintiéndose más herida de lo que jamás se había sentido.

Escúchame, Sara. No voy a morir, porque la muerte no existe. Es cierto que no volveré a utilizar este cuerpo, de momento, pero de todos modos empezaba a estar muy viejo y achacoso. Padezco artrosis en el cuello desde el día en que traté de girar la cabeza por completo para complacer a los nietos de Thacker.

Sara se echó a reír sin dejar de llorar. Salomón siempre lograba hacerla reír, incluso en los momentos más trágicos.

Nuestra amistad durará eternamente, Sara. De modo que cuando quieras charlar con Salomón, no tienes más que identificar el tema que quieras comentar, concentrarte en él, situarte en un punto en el que te sientas a gusto y yo estaré a tu lado.

-¿Me lo prometes, Salomón? ¿De verdad, podré verte y tocarte?

Probablemente no, Sara. Al menos durante un tiempo, pero en cualquier caso nuestra amistad no se basaba en eso.

Tú y yo somos amigos mentales.

Tras esas últimas palabras, el maltrecho cuerpo de Salomón se desplomó sobre la nieve y sus grandes ojos se cerraron.

-¡No! -El grito de Sara reverberó a través del prado-o ¡No me dejes, Salomón!

Pero Salomón no respondió.

Sara se levantó, sin dejar de contemplar el cuerpo inerte de Salomón. Parecía muy pequeño tendido sobre la nieve mientras el viento agitaba suavemente su plumaje. Sara se quitó el abrigo y lo depositó sobre la nieve junto a Salomón. Luego lo alzó con cuidado, abrió su abrigo y lo envolvió en él. A continuación, sin reparar en que hacía mucho frío, la niña echó a andar por el Sendero de Thacker transportando a Salomón en brazos.

Nuestra amistad durará eternamente, Sara. De modo que cuando desees charlar con Salomón, no tienes más que identificar el tema que deseas comentar, concentrarte en él, situarte en un punto en el que te sientas a gusto y yo estaré a tu lado, repitió Salomón, pero Sara no le oyó.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Sara no sabía qué hacer ni cómo explicar a sus padres quién era Salomón, ni lo importante que su amistad era para ella. Tenía la cabeza como un bombo y se arrepentía de no haber hablado a sus padres sobre Salomón, porque ahora no sabía cómo explicarles la tragedia que su muerte representaba para ella. Había dependido por completo de Salomón para que la aconsejara y consolara, cortando prácticamente esos vínculos con su familia, y ahora tenía que enfrentarse a la pérdida de su amigo. Sara se sentía completamente sola, sin saber a quién acudir.

No sabía qué hacer con Salomón. El suelo seguía cubierto por una dura capa de hielo, de modo que no podía cavar una fosa para enterrarlo. La perspectiva de arrojado a la caldera de carbón, como había visto hacer a su padre con cadáveres de pájaros y ratones, era demasiado atroz para pensar siquiera en ella.

Sara permanecía sentada en los escalones de la entrada de su casa, sosteniendo a Salomón en brazos, llorando a lágrima viva, cuando el coche de su padre se detuvo en el camino empedrado. Su padre se apeó apresuradamente, sosteniendo la cartera empapada de Sara y los desvencijados libros de texto que ésta había dejado olvidados junto al sendero.

-El señor Matson me llamó al despacho, Sara. Encontró tu cartera y tus libros junto al sendero. ¡Temíamos que te hubiera ocurrido algo malo! ¿Estás bien?

Sara se limpió la cara, avergonzada de que su padre la viera en ese estado. Quería ocultar a Salomón, seguir manteniéndolo en secreto, pero al mismo tiempo deseaba contárselo todo a su padre confiando en que eso la consolaría.

-¿Qué ha ocurrido, Sara? ¿Qué pasa, tesoro?

-¡Ay, papá! -contestó Sara-o Jason y Billy han matado a Salomón.

-¿Salomón? -preguntó su padre mientras Sara abría su abrigo para mostrarle a su difunto amigo.

-Lo siento mucho, Sara. -El hombre no sabía por qué ese búho muerto era tan importante para la niña, pero estaba claro que padecía un auténtico trauma. Jamás había visto a su hija tan desesperada. Deseaba abrazarla y besada para consolada, pero sabía que lo que había ocurrido era tan grave para ella, que no podría consolada de ese modo-o Entrégame a Salomón, Sara. Cavaré una fosa detrás del gallinero para enterrado. Entra en casa, hace mucho frío.

Entonces Sara se percató de que estaba helada. A regañadientes, depositó en brazos de su padre el preciado cuerpo de Salomón. Se sentía débil y profundamente

apenada. Se quedó sentada en los escalones de la entrada, mirando a su padre mientras se alejaba portando en brazos a su hermoso Salomón. Sara sonrió con amargura sin dejar de llorar al observar la seriedad y la delicadeza con que su padre transportaba el cuerpo del ave, como si comprendiera lo valioso que era para ella.

Sara se tumbó en la cama, vestida. Se quitó los zapatos y los dejó caer al suelo y lloró con la cara sepultada en la almohada, hasta que al cabo de un rato se quedó dormida.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Sara se encontró en un extraño bosquecillo, rodeada por unas preciosas flores primaverales mientras unos pájaros y unas mariposas de brillante colorido revoloteaban alrededor de ella.

Bien, Sara, parece que hoy tienes mucho que contarme, dijo Salomón.

-¡Salomón! -gritó Sara eufórica-o ¡No estás muerto! ¡Ay, Salomón, cuánto me alegro de verte!

¿Por qué te sorprendes, Sara? Ya te dije que la muerte no existe.

¿Y bien, Sara, de qué quieres que hablemos?, preguntó Salomón con calma, como si no hubiera ocurrido nada de particular.

-Ya sé que me dijiste que la muerte no existe, Salomón, pero parecías estar muerto. Tu cuerpo estaba inerte y pesado, tenías los ojos cerrados y no respirabas.

Estabas acostumbrada a ver a Salomón de una cierta forma, pero ahora tienes la oportunidad -porque tu deseo es mayor que antes - de ver a Salomón de una forma más amplia. Más universal.

-¿A qué te refieres?

Por regla general las personas sólo ven a través de sus ojos físicos, pero ahora tienes la oportunidad de ver las cosas a través de unos ojos más amplios, los ojos de la auténtica Sara que habita dentro de la Sara física.

-¿Quieres decir que hay otra Sara dentro de mí, como el Salomón que vive dentro de mi Salomón?

Así es, Sara. Y esa Sara interior vivirá eternamente. Esa Sara interior jamás morirá, al igual que este Salomón interior, el que ves aquí, jamás morirá.

-Eso suena estupendamente, Salomón. ¿Volveré a verte mañana en el Sendero de Thacker?

No, Sara, no estaré allí. La niña frunció el ceño.

¡Piensa en ello, Sara! Cada vez que desees charlar con Salomón, podrás hacerlo. Estés dónde estés. Ya no tendrás que ir al bosquecillo. Sólo tendrás que pensar en Salomón -y reacordar lo que sientes cuando conversas con él- y acudiré para charlar contigo.

-Me alegro, Salomón. Pero me encantaban los ratos que pasábamos juntos en el bosquecillo. ¿Seguro que no puedes volver allí, como antes?

Te aseguro que nuestra forma de comunicarnos te gustará Sara y la amistad eterna... aún más que los buenos ratos que pasábamos en el bosquecillo. Podremos comunicarnos cómo y cuándo queramos. Ya lo verás. Lo pasaremos estupendamente.

-Muy bien, Salomón. Te creo. Buenas noches, Sara.

-¡Salomón! -exclamó Sara, que no quería que su amigo la dejara tan pronto. ¿Qué, Sara?

-Gracias por no haber muerto. Buenas noches, Sara. Todo va bien.

SEGUNDA PARTE

La feliz y eterna relación de Sara y Salomón en el más allá

CAPÍTULO VEINTICINCO

-¿Estás enfadado con Jason y Billy por haber disparado contra ti, Salomón?

¿'Por qué me lo preguntas, Sara? ¿Quieres que esté enfadado con ellos?

-¡Pero ellos te tirotearon! -contestó Sara asombrada. ¿Cómo era posible que Salomón no comprendiera su pregunta, y cómo era posible que no estuviera enfadado con ellos por haber hecho algo tan horrible?

No, Sara. Cuando pienso en Jason y Billy les aprecio por haberme llevado hasta ti.

-¿Pero no crees que el hecho de que dispararan Contra ti es más importante que eso?

Lo único importante es que me siento bien, Sara. No puedo sentir ira contra Jason y al mismo tiempo sentirme bien.

Lo más importante es que mantenga mi válvula abierta, Sara, para poder elegir siempre unos pensamientos que hagan que me sienta bien.

-Espera un momento, Salomón. ¿Pretendes decir que por mala que sea una persona, y por horribles que sean las cosas que haga, no piensas en esas cosas? ¿Que nadie comete nunca un acto tan horrible como para que tú te enfades con esa persona?

Obran de buena fe, Sara.

-¡Venga ya! ¡Ellos te tirotearon! ¿Es que ni siquiera el hecho de que quisieran matarte te parece lo suficientemente grave?

Permite que te haga unas preguntas, Sara. ¿Crees que si me enfadara con Jason y Billy por haber disparado contra mí dejarían de disparar contra otros animales?

Sara calló. No creía que el enojo de Salomón influyera en Jason y Billy. Ella se había enojado con ellos multitud de veces por disparar contra animales, pero no había conseguido nada.

-No, Salomón. Supongo que no. ¿Crees que mi enojo serviría de algo? Sara reflexionó también sobre eso.

Si me enojara con ellos, quizá pensaras que tu ira estaba justificada, pero lo único que yo conseguiría es unirme a tu cadena de dolor, lo cual no me beneficiaría en absoluto.

-Pero Salomón -protestó la niña-, creo que...

Sara, le interrumpió Salomón, podríamos pasarnos todo el día y toda la noche hablando sobre qué actos son justos y qué actos son injustos. Podrías pasarte el resto de tu vida tratando de descifrar qué conductas son correctas o incorrectas, y en qué circunstancias son correctas o incorrectas. Pero yo he comprobado que todo el tiempo, incluso estos momentos, que dedicamos a tratar de justificar el que nos sintamos mal, es una pérdida de tiempo. Y también he comprobado que cuanto antes consigo alcanzar ese punto en el que me siento bien, más satisfecho me siento de mi vida y más cosas positivas puedo ofrecer a los demás.

Así pues, a través de muchos años de vida y experiencias, he llegado a la conclusión de que puedo elegir unos pensamientos que cierren mi válvula o unos pensamientos que la abran, pero en cualquier caso se trata de una elección que sólo depende de mí. Por consiguiente, hace tiempo que dejé de culpar a Jason y a Billy por lo ocurrido, porque no me beneficia ni a mí ni a ellos.

Sara guardó silencio. Tenía que meditar sobre lo que acababa de decide Salomón. Había decidido que jamás perdonaría a Jason por la atrocidad que había cometido, pero Salomón se negaba a compartir con ella ese sentimiento de condena contra Jason.

Recuerda, Sara, que si dejas que las circunstancias que te rodean controlen la forma en que te sientes, siempre estarás atrapada. Pero cuando seas capaz de controlar la forma en que te sientes -porque también controlas tus pensamientos - te sentirás auténticamente liberada.

Sara recordó que Salomón le había dicho en cierta ocasión algo parecido, pero entonces no se enfrentaban a un hecho tan espantoso. Esto era demasiado grave como para que

En este ancho mundo, en el que millones de personas sostienen diversos criterios sobre lo que está bien y lo que está mal, con frecuencia presenciarás conductas que te parecerán impropias. ¿Vas a exigir que todas esas personas cambien de forma de pensar y de obrar sólo para complacerte? ¿Es eso lo que querrías hacer, suponiendo que pudieras?

La idea de que todo el mundo se comportara de forma que la complaciera atraía a Sara en cierto modo, pero en el fondo sabía que era imposible.

-Supongo que no.

¿Entonces qué alternativa te queda? ¿Ocultarte en un rincón para evitar presenciar conductas que puedan disgustarte, convertirte en una prisionera en este maravilloso mundo?

Esa opción no le apetecía nada, pero Sara reconoció ciertos vestigios de esa conducta en un pasado no muy lejano, cuando solía apartarse, mentalmente, de los demás, replegándose en sí misma y manteniendo a todos, o casi todos, alejados de ella. No eran unos tiempos felices, recordó Sara.

Cuando consigas mantener abierta tu válvula experimentarás una profunda alegría, Sara. Cuando seas capaz de reconocer que millones de personas eligen cosas distintas, sostienen opiniones distintas, tienen distintos deseos, se comportan de forma distinta, y cuando comprendas que esto contribuye a crear un todo más perfecto, que nada de ello representa una amenaza para ti -porque lo único que te afecta es lo que hagas con tu válvula - conseguirás vivir feliz y en libertad.

-Pero, Salomón, Jason y Bil1y hicieron algo más que amenazarte. Te tirotearon. ¡Te mataron!

De modo que aún no has superado eso, Sara. ¿Pero no ves que no estoy muerto? Estoy vivo y coleando. ¿Acaso creías que yo deseaba vivir eternamente dentro del viejo y achacoso cuerpo de un búho?

Sara comprendió que Salomón le estaba tomando el pelo, porque no parecía ni viejo ni achacoso.

Sentí una gran alegría cuando me desembaracé de ese cuerpo físico, sabiendo que siempre que lo deseara podía derramar mi energía sobre otro más joven, más fuerte, más ágil. -¿Pretendes decir que querías que Jason y Billy te tirotearan?

Se trata de una cocreación, Sara. Por eso dejé que me vieran. Para que cocrearan esta importante experiencia. N o sólo por mí, sino también por ti, Sara.

Sara se sentía tan abrumada por todo lo ocurrido desde la muerte de Salomón que no había tenido tiempo de reflexionar sobre cómo habían logrado Jason y Bil1y dar con él.

Lo importante, Sara, es que comprendas en primer lugar que todo va bien, al margen de cómo lo veas desde tu perspectiva física. Y segundo, que cada vez que abras tu válvula, sólo te ocurrirán cosas buenas.

Procura apreciar a Jason y a Billy, como yo les aprecio. Te sentirás mucho mejor.

¡Ni en un millón de años! , pensó Sara, sonriendo ante esa reacción negativa.

-Pensaré en ello, porque tú me lo pides. Pero esto es muy diferente de 10 que yo solía pensar. Siempre había oído decir que cuando alguien hace algo malo, debe ser castigado por ello.

El problema con esa forma de pensar, Sara, es que las personas no conseguís poneros de acuerdo sobre lo que está bien y lo que está mal. La mayoría creéis tener razón, por tanto los otros deben de estar equivocados. Los seres físicos llevan muchos años matándose unos a otros, discutiendo precisamente sobre esa cuestión. Pero pese a las innumerables guerras y asesinatos que se han producido en tu planeta a lo largo de los años, no habéis logrado poneros de acuerdo. Sería preferible que prestarais atención a vuestras válvulas. La vida sería infinitamente más agradable.

-¿Crees que las personas aprenderán a mantener abiertas sus válvulas? ¿Crees que todo el mundo aprenderá a hacerla? -preguntó Sara, impresionada por la magnitud de esa empresa.

Eso no importa, Sara. Lo único que importa es que aprendas a hacerla tú.

Eso no parecía muy difícil.

-De acuerdo, Salomón, seguiré practicando. Buenas noches, Sara. He disfrutado mucho con nuestra conversación.

-Yo también, Salomón. Buenas noches.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Jason y Billy pasaron a toda velocidad junto a Sara montados en sus bicicletas, gritando frases desagradables. Sara sonrió cuando pasaron junto a ella, reconociendo asombrada que se habría sentido decepcionada si no se hubieran comportado tan mal como de costumbre y que, curiosamente, los tres eran los cocreadores de este juego en el que participaban. El juego de «soy tu odioso hermano menor y éste es mi odioso colega, y nuestra tarea consiste en amargarte la vida y la tuya en reaccionar con desesperación».

Qué raro, pensó Sara. No debería disfrutar jugando con ellos. ¿Qué está pasando?

Al cabo de un rato, mientras seguía caminando hacía su casa, Sara estuvo a punto de doblar la esquina como solía hacer para dirigirse al bosquecillo de Salomón, olvidando durante unos instantes que ya no se reunían allí. Ese pensamiento le hizo recordar la muerte de Salomón a manos de Jason y Billy, y la reacción de Salomón ante el hecho de que esos despreciables críos le hubieran abatido de un tiro. De pronto a Sara se le ocurrió una reflexión de gran envergadura.

Jason y Billy mataron a Salomón de un tiro, pero Salomón sigue queriéndoles. Salomón es capaz de mantener su válvula abierta incluso en esas circunstancias, de modo que quizá yo también esté aprendiendo a hacerlo. Quizá mi vida se ha convertido en algo tan valioso para mí que ya no me importa lo que otros hagan o digan.

Sara sintió que se le ponía la carne de gallina. Experimentó un intenso gozo y un cosquilleo por todo el cuerpo, y comprendió que había llegado a una conclusión muy importante.

Esto es bueno, pensó Sara. Estoy totalmente de acuerdo contigo, oyó decir a Salomón.

-Hola, Salomón. -¿Dónde estás? -preguntó Sara, ansiosa de contemplar a su entrañable amigo mientras charlaba con él.

Estoy aquí, respondió Salomón, despachando rápidamente la pregunta para pasar a otros asuntos más interesantes. Acabas de dar con el secreto más importante de la vida. Has empezado a comprender lo que significa el amor incondicional.

-¿Amor incondicional?

Sí, Sara, has empezado a comprender que amas. Eres una extensión física de la energía pura y positiva no física, o amor. A medida que seas capaz de permitir que esa pura energía de amor fluya, al margen de las circunstancias, a pesar de lo que te rodea, alcanzarás el amor incondicional. Entonces, y sólo entonces, te convertirás en la extensión de la persona que realmente eres y has llegado a ser. Entonces, y sólo entonces, habrás cumplido el auténtico propósito de tu existencia. Esto es magnífico, Sara.

Sara se sentía eufórica. No comprendía la magnitud de lo que Salomón le había dicho, pero a tenor del entusiasmo con que éste se expresaba, dedujo que debía de ser algo muy importante y estaba convencida de que Salomón se sentía muy satisfecho de ella. Bien, Sara, sé que esto te parecerá un poco extraño al principio. Representa una orientación totalmente nueva para la mayoría de la gente, pero hasta que no consigas comprenderlo, nunca serás realmente feliz. En todo caso, no durante mucho tiempo.

Siéntate un ratito y presta atención mientras trato de explicarte lo que significa.

Sara buscó un lugar seco y soleado y se sentó en el suelo para escuchar a Salomón. Le encantaba el sonido de la voz del búho.

Hay un torrente de energía pura y positiva que fluye hacia ti en todo momento. Algunos lo llaman fuerza vital. Tiene muchos nombres, pero en cualquier caso es el flujo de energía que creó tu planeta. Y ese flujo de energía sigue sosteniendo a tu hermoso planeta. Ese flujo de energía hace que tu planeta siga girando en su órbita en perfecta proximidad con otros planetas. Ese flujo mantiene el equilibrio perfecto de tu microbiología. Ese flujo mantiene el equilibrio perfecto del agua en tu planeta. Ese flujo hace que tu corazón siga latiendo, incluso mientras duermes. Es un maravilloso y potente flujo de bienestar, Sara, y todos recibís este flujo cada minuto del día y de la noche.

-¡Córcholis! -exclamó Sara suspirando al tiempo que trataba de comprender el significado de ese maravilloso y potente flujo.

Te aseguro que todos desearían beneficiarse de él, Sara, si comprendieran en qué consiste. Nadie se resiste a él deliberadamente. Pero las personas adquieren unas de otras unos hábitos que hacen que se resistan a ese flujo de bienestar.

-¿Por ejemplo?

La causa principal de que las personas se resistan a ese flujo de bienestar es el hecho de contemplar lo que han creado otros que se han resistido a él.

Sara se quedó perpleja. No acababa de entenderlo. Verás, Sara, cuando prestas atención a algo, por el mero hecho de observarlo empiezas a vibrar junto con ello, por así decir, mientras lo observas. De modo que si contemplas una enfermedad, durante el tiempo que la observas, o hablas sobre ella, o piensas en ella, no permites que te llegue el flujo de bienestar. Tienes que contemplar el bienestar para permitir que éste llegue a ti.

-¡Ah! Eso es como lo de las aves del mismo plumaje que comentamos un día, ¿verdad? -preguntó Sara más animada.

Sí, Sara. Tiene que ver con la ley de la atracción universal. Si quieres atraer el bienestar, tienes que vibrar al ritmo del bienestar. Pero si prestas atención a alguien que está enfermo, no puedes dejar que el bienestar llegue a ti al mismo tiempo.

Sara hizo un mohín mientras reflexionaba sobre lo que Salomón le había dicho.

-Pero, Salomón, yo creía que tenía que ayudar a las personas que están enfermas. ¿Cómo puedo ayudarlas si no las miro?

Puedes mirar/as, Sara, pero no debes verlas como personas

Como persona que vives en tu planeta, puedes aceptar o resistirte en todo momento a ese maravilloso flujo. Puedes dejar que llegue a ti y fluya a través tuyo o rechazarlo.

-¿Por qué iba nadie a rechazado? Te aseguro que todos desearían beneficiarse de él, Sara, si comprendieran en qué consiste. Nadie se resiste a él deliberadamente. Pero las personas adquieren unas de otras unos hábitos que hacen que se resistan a ese flujo de bienestar.

-¿Por ejemplo?

La causa principal de que las personas se resistan a ese flujo de bienestar es el hecho de contemplar lo que han creado otros que se han resistido a él.

Sara se quedó perpleja. No acababa de entenderlo. Verás, Sara, cuando prestas atención a algo, por el mero hecho de observarlo empiezas a vibrar junto con ello, por así decir, mientras lo observas. De modo que si contemplas una enfermedad, durante el tiempo que la observas, o hablas sobre ella, o Piensas en ella, no permites que te llegue el flujo de bienestar. Tienes que contemplar el bienestar para permitir que éste llegue a ti.

-¡Ah! Eso es como lo de las aves del mismo plumaje que comentamos un día, ¿verdad? -preguntó Sara más animada.

Sí, Sara. Tiene que ver con la ley de la atracción universal. Si quieres atraer el bienestar, tienes que vibrar al ritmo del bienestar. Pero si prestas atención a alguien que está enfermo, no puedes dejar que el bienestar llegue a ti al mismo tiempo.

Sara hizo un mohín mientras reflexionaba sobre lo que Salomón le había dicho.

-Pero, Salomón, yo creía que tenía que ayudar a las personas que están enfermas. ¿Cómo puedo ayudarlas si no las miro?

Puedes mirarlas, Sara, pero no debes verlas como personas enfermas, sino como personas que se están recuperando. O mejor aún, debes verlas como si estuvieran restablecidas o recordar los momentos en que gozaban de buena salud. De esa forma, no las utilizas como disculpa para impedir que el flujo de bienestar llegue a ti.

A las personas no les resulta fácil asimilar esto, Sara, porque están acostumbradas a observar todo cuanto les rodea. Si supieran que cada vez que miran algo que hace que sientan una emoción negativa ese sentimiento indica que están impidiendo que el flujo de bienestar llegue a ellas, la mayoría de personas no estarían dispuestas a contemplar cosas que les hicieran sentirse mal.

Durante unos instantes, mientras estás aquí, no trates de comprender lo que hace la mayoría de las personas, Sara. Escucha lo que vaya decirte. Existe un torrente constante de bienestar que fluye sistemáticamente hacia ti en todo momento. Cuando te sientes bien, significa que permites que ese flujo lle¬gue a ti, y cuando te sientes mal, lo rechazas. Pues bien, ahora que lo has comprendido, c' qué es lo que deseas por encima de todo?

-Quiero sentirme tan bien como pueda.

Excelente. Ahora digamos que estás mirando la televisión y ves algo que hace que te sientas mal.

-¿Como cuando alguien muere tiroteado o asesinado, o sufre un accidente?

Eso mismo. Cuando ves eso, Sara, y te sientes mal, ¿comprendes qué está pasando?

A Sara le brillaron los ojos.

-Sí, Salomón, estoy oponiendo resistencia al flujo.

Exactamente. Cuando ves una cosa así, y te sientes mal, significa que te estás resistiendo al flujo de bienestar. Cada vez que dices NO, lo estás rechazando y por tanto resistiéndote a él.

Cuando alguien dice NO al cáncer, en realidad está rechazando el flujo de bienestar. Cuando alguien dice NO a unos asesinos, está rechazando el flujo de bienestar. Cuando alguien dice NO a la pobreza, está rechazando el flujo de bienestar, porque cuando prestas atención a algo que no deseas, estás vibrando junto con ello, lo cual significa que te estás resistiendo a lo que deseas. Por tanto, la clave consiste en identificar lo que no quieres, brevemente, para centrarte de inmediato en lo que deseas y decir SÍ.

-¿Y ya está? ¿Es lo único que debo hacer? ¿Decir SÍ en lugar de NO? -A Sara le sonaba increíblemente sencillo-o ¡Es muy fácil, Salomón! -exclamó entusiasmada-. ¡Puedo conseguirlo sin ningún problema! ¡Cualquiera puede hacerla!

Salomón gozó al contemplar el entusiasmo que le producía a Sara ese descubrimiento.

Sí, Sara, puedes hacerla sin ningún problema. Yeso es lo que debes enseñar a los demás. Practica durante unos días. Presta atención a tu persona y a los que te rodean y observarás que la mayoría de las personas soléis decir NO con más frecuencia que SÍ. Al cabo de un tiempo observarás las cosas que hace la gente para resistirse al flujo de bienestar que es natural. Diviértete con esto, Sara.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Durante todo el día siguiente Sara no dejó de pensar en lo que Salomón le había explicado. Le entusiasmaba haber comprendido una cosa que Salomón consideraba tan importante, pero a medida que pasaba el tiempo desde su última conversación con el búho, empezó a dudar de haber entendido bien lo que éste pretendía enseñarle. No obstante, Sara recordó que Salomón le había animado a observar a los demás, para comprobar que decían con más frecuencia NO que SÍ, de modo que decidió prestar más atención a ese detalle.

-No te retrases esta tarde, Sara -le advirtió su madre-o Vienen unos invitados a cenar y tienes que ayudarme. No queremos que nuestros invitados vean la casa patas arriba, ¿verdad?

-De acuerdo -respondió Sara de mala gana. No le apetecía en absoluto que vinieran unos invitados a cenar. -Lo digo en serio, Sara. ¡No te retrases!

Sara se detuvo en la puerta, gratamente sorprendida de haber hallado una prueba, al principio de la jornada, que confirmaba lo que le había dicho Salomón. Se movió pausadamente, con mirada inexpresiva, mientras repasaba lo que recordaba sobre las explicaciones de Salomón, dejando sin querer que entrara una ráfaga de aire frío a través de la puerta abierta.

-¡Por el amor de Dios, Sara! No te quedes ahí parada, que entra frío! Vete si no quieres llegar tarde a la escuela.

¡Esto es increíble!, pensó Sara. En los últimos dos minutos su madre había pronunciado cinco afirmaciones inequívocas sobre lo que no deseaba y Sara no recordaba una sola afirmación que indicara lo que su madre deseaba. Y lo más asombroso era que su madre ni siquiera se había dado cuenta de ello.

Cuando Sara bajó los escalones del porche vio que su padre acababa de retirar la nieve de la acera.

-¡Ten cuidado, Sara, que el camino está resbaladizo! No vayas a caerte.

Sara sonrió satisfecha. ¡Jolín! ¡Esto es increíble! --¿Me has oído, Sara? Te he dicho que tengas cuidado no vayas a caerte.

En realidad Sara no había oído a su padre expresar una rotunda negativa, pero sus palabras indicaban claramente lo que no deseaba.

En la mente de Sara bullía una multitud de pensamientos. Deseaba expresar lo que quería.

-No me pasará nada, papá --dijo-o No me caigo nunca.

¡Ojo!, pensó Sara. Eso no es decir claramente SÍ. Deseando ser el mejor ejemplo positivo para su padre, Sara se detuvo, se volvió hacia él y dijo:

-Gracias, papá, por limpiar la nieve del camino.

Así no me caeré.

Sara soltó la carcajada al oírse decir que «no» se caería cuando pretendía pronunciar una frase afirmativa. ¡Esto no es tan fácil!, pensó. Luego volvió a echarse a reír y, casi sin darse cuenta, dijo en voz alta:

-¿Que no va a ser fácil? ¡Jolín, Salomón, tenías razón!

Cuando Sara se hallaba a unos cien metros de la entrada de su casa oyó cerrarse la puerta principal de un portazo y vio a Jason echar a correr a toda velocidad, sosteniendo la cartera con una mano y sujetándose la gorra con la otra, hacia ella. Sara dedujo, por la velocidad que llevaba su hermano y la expresión maliciosa de sus ojos, que se proponía chocar con ella, por detrás, como había hecho multitud de veces, justo lo suficiente para hacerle dar un traspié y enfurecerla.

-¡No se te ocurra, Jason! -gritó Sara anticipándose a los propósitos de su hermano-o ¡No lo hagas, Jason, te lo advierto! -chilló con todas sus fuerzas.

Qué pesadez, pensó Sara. He vuelto a hacerla. No dejo de pronunciar la palabra NO aunque no quiera. ¡Y dale con el NO! A Sara le desesperaba no poder controlar lo que decía.

Jason pasó junto a Sara rozándola y siguió corriendo. Cuando la hubo adelantando una manzana, Sara se relajó y siguió andando hacia el colegio a su paso habitual, pensando en los increíbles acontecimientos que había presenciado durante los últimos diez minutos.

Sara decidió redactar una lista de todos los noes que había oído para comentada luego con Salomón. Sacó un pequeño cuaderno de la cartera y escribió:

- NO TE RETRASES.
- NO QUEREMOS QUE VEAN LA CASA PATAS ARRIBA.
- NO DEJES QUE ENTRE EL AIRE FRÍO.
- NO LLEGUES TARDE A LA ESCUELA. NO VAYAS A CAERTE.
- NO SERÁ FÁCIL.
- NO SE TE OCURRA, JASÓN.

Sara oyó al señor Jorgensen gritar a dos chicos en la clase.

-¡No corráis por el pasillo!

Sara lo añadió a la lista de noes. Cuando estaba anotándolo en el cuaderno, con la espalda apoyada en su taquilla, pasó frente a ella el maestro de otra clase y le dijo:

-Apresúrate o llegarás tarde.

Sara también lo anotó en su cuaderno.

Cuando estaba sentada en su pupitre, tratando de resignarse a otra larga jornada en la escuela, observó un curioso letrero colocado al lado de la pizarra. El

letrero llevaba ahí todo el curso, pero Sara no se había fijado antes en él. En todo caso, no le había llamado la atención. Sacó su cuaderno y escribió las palabras que leía:

- NO HABLÉIS EN CLASE.
- NO MASQUÉIS CHICLE EN CLASE NO COMÁIS NI BEBÁIS EN CLASE. NO TRAIGÁIS JUGUETES.
- NO ENTRÉIS CON LAS BOTAS DE AGUA EN CLASE.
- NO MIRÉIS POR LA VENTANA.
- NO OS QUEDÉIS DESPUÉS DE CLASE PARA REPASAR LA LECCIÓN.
- NO TRAIGÁIS VUESTRAS MASCOTAS A CLASE.
- NO LLEGUÉIS TARDE A CLASE.

Sara se quedó estupefacta. Salomón tiene razón. La mayoría de nosotros nos resistimos a nuestro flujo de bienestar.

Sara se pasó el día observando afanosamente todo cuanto ocurría a su alrededor. A la hora del almuerzo, se sentó aparte de sus compañeros, escuchando la conversación que mantenían dos maestros sentados a su espalda. No alcanzaba a vedas, pero oía claramente lo que decían.

-No sé qué hacer -dijo uno de los maestros-o ¿Tú que opinas?

-Yo que tú no lo haría -respondió el otro-o Nunca se sabe, podrías acabar en una situación peor que ahora.

¡Caray!, pensó Sara. No tenía remota idea de qué estaban hablando, pero fuera lo que fuere, estaba claro que ambos decían no.

Sara añadió a su lista:

NO SÉ.

YO QUE TÚ NO LO HARÍA.

Cuando había transcurrido la mitad de la jornada escolar, Sara había llenado dos páginas de no es para comentados con Salomón.

La tarde resultó tan provechosa como la mañana y

Sara añadió a la lista:

- ¡NO TIRES ESO!
- ¡NO HAGAS ESO!
- ¡HE DICHO QUE NO!
- ¿NO ME OYES?
- ¿ES QUE NO HABLO CON CLARIDAD?
- ¡NO ME EMPUJES!
- ¡NO VOLVERÉ A DECÍRTELO!

Al término de la jornada, Sara estaba agotada. Daba la impresión de que todo el mundo se resistía al flujo de bienestar.

-Tienes más razón que un santo, Salomón. La mayoría de las personas dicen NO en lugar de SÍ. Incluso yo. Sé lo que debo hacer, pero no consigo hacerlo.

NO CONSIGO HACERLO, escribió Sara en su lista.

¡Menudo día!

Qué lista tan larga, Sara. Se nota que hoy has estado muy ocupada.

-Ni te lo imaginas, Salomón. Esto no es más que algunas de las frases que he oído hoy. La gente dice casi siempre que NO. ¡Y ni siquiera se dan cuenta! Yo también lo hago. Esto es muy difícil, Salomón.

En realidad no es tan difícil, Sara, una vez que has aprendido a fijarte en las cosas positivas y comprendes cuál es tu objetivo. Léeme algunas frases de tu cuaderno y te lo demostraré.

- «NO TE RETRASES.»

Sé puntual.

• «NO QUEREMOS QUE NUESTROS INVITADOS VEAN LA CASA PATAS ARRIBA.»

Queremos que nuestros invitados se sientan cómodos en nuestra casa.

• «NO DEJES QUE ENTRE EL AIRE FRÍO.»

Procura mantener nuestra casa bien caldeada.

• «NO LLEGUES TARDE A LA ESCUELA.»

Es preferible ser puntual.

• «NO VAYAS A CAERTE.»

Concéntrate en lo que haces y coordina tus movimientos.

• «NO SERÁ FÁCIL.»

Con el tiempo lo conseguiré.

• «NO CORRÁIS POR EL PASILLO.»

Pensad en los demás.

• «NO HABLÉIS EN CLASE.»

Comentemos las cosas entre todos y así aprenderemos.

• «NO MIRÉIS POR LA VENTANA.»

Si os concentráis en lo que hacéis saldréis ganando.

• «NO OS QUEDÉIS DESPUÉS DE CLASE PARA REPASAR LA LECCIÓN.»

Prestad atención en clase y trabajemos conjuntamente.

• «NO TRAIGÁIS VUESTRAS MASCOTAS A CLASE.»

Vuestras mascotas se sienten más a gusto en casa. –

¡Caray, Salomón, eres un as!

Tú también aprenderás a hacerla, Sara. Sólo tienes que practicar. Las palabras que utilices no importa, Sara. Lo perjudicial es resistirte al flujo de bienestar. Cuando tu madre te dijo: «No dejes la puerta abierta,» rechazaba lo que no quería. Pero aunque hubiera dicho: « ¡Cierra la puerta!», era más consciente de lo que no deseaba que lo que deseaba, y por tanto su vibración habría sido una vibración negativa.

Lo que quiero es que aprendas a inclinarte hacia lo que deseas, en lugar de resistirte a lo que no deseas.

Desde luego, tus palabras indican tu orientación, pero tus sentimientos son un indicador aún más claro de si permites que el flujo del bienestar llegue a ti o te resistes a él.

Diviértete con esto, Sara. Cuando te resistes diciendo NO, te resistes al flujo del bienestar. Lo importante es hablar largo y tendido sobre lo que SÍ deseas. Cuando lo hagas, comprobarás que las cosas mejoran. Ya lo verás.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Sara regresó a su casa, el último día de aquel curso escolar, con una extraña mezcla de sentimientos. Por lo general, ésa era la época más feliz del año para ella, con la perspectiva de un verano de una soledad casi absoluta ante ella, sin tener que verse obligada a tratarse con unos compañeros de clase distintos a ella y a menudo incómodos. Pero en esta ocasión, el último día de clase era diferente para Sara, pues en el breve espacio de un año ella había cambiado mucho.

Sara caminó rápidamente, aspirando el maravilloso aire primaveral, y durante un trecho anduvo de espaldas. Anhelaba contemplado todo y a rodos los que la rodeaban. El cielo tenía un aspecto más hermoso que nunca. Más azul. De un color más

intenso. Y las nubes blancas y vaporosas eran impresionantes. Sara oyó el claro y dulce canto de los pájaros, los cuales estaban tan lejos que no alcanzaba a vedas, pero sus perfectos trinos llegaban a sus oídos. La sensación del maravilloso aire sobre su piel era realmente deliciosa. Sara se sentía eufórica.

Como ves, Sara, EL BIENESTAR abunda. -¡Salomón, eres tú!

Está en todas partes. Sara siguió escuchando en su mente las palabras claras de Salomón.

Lo cierto es que está en todas partes donde no es rechazado.

Continuamente fluye hacia ti un flujo constante y sistemático, y en todo momento puedes permitir que llegue a ti o rechazarlo. Tú eres la única que puede aceptar o resistirte a este flujo constante y sistemático de bienestar.

Durante todos los momentos en que hemos conversado, lo más importante que he deseado que aprendieras es el proceso de reducir, o eliminar, los esquemas de resistencia que has aprendido de otras personas físicas. Porque si no fuera por esa resistencia que has adquirido a lo largo de este sendero físico, el bienestar que te es natural y te pertenece por derecho propio, fluiría de modo natural hacia ti. Hacia todos vosotros.

Sara pensó en las maravillosas conversaciones que había mantenido con Salomón. ¡Habían tenido una comunicación espléndida! Y Sara comprendió que en todos los casos, con cada conversación que habían mantenido ambos, Salomón la había ayudado a reducir su resistencia.

Pensó en las técnicas, o juegos, que Salomón le había propuesto cada día, y ahora, desde su propia perspectiva, comprendió que Salomón le había estado enseñando unos sistemas para reducir su resistencia.

Poco a poco, Sara había aprendido a eliminar su resistencia.

Tú también eres una maestra, Sara.

Sara abrió los ojos como platos, sintiendo que se le cortaba la respiración, al oír que su maestro favorito le aseguraba que ella, al igual que Salomón, era una maestra.

Y lo que has venido a enseñar, Sara, es que todo va bien.

A través de tu ejemplo claro, muchos otros comprenderán que no existe nada contra lo que resistirse. Y que el hecho de resistirse es lo que impide que el flujo de bienestar llegue a ellos.

Sara sintió que de las palabras de Salomón emanaba una intensidad especial. Sus palabras la emocionaron tanto, que no sabía qué decir.

Sara enfiló el camino empedrado del jardín que conducía a la entrada de su casa sintiéndose tan eufórica, que sintió deseos de ponerse a brincar. Luego subió los escalones del porche salvándolos de dos en dos.

-¡Hola, ya estoy aquí! --dijo Sara a cualquiera que estuviera en casa.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Sara se acostó temprano, ansiosa de reanudar su conversación con Salomón. Cerró los ojos y respiró hondo mientras trataba de hallar el punto maravilloso donde Salomón y ella habían interrumpido su charla.

-Todo va estupendamente --dijo Sara en voz alta, con tono sereno y un convencimiento absoluto. Luego abrió los ojos asombrada.

Salomón, al que Sara no había visto desde hacía unas semanas, se hallaba posado sobre su cama. Pero sus alas no se movían. Parecía como si estuviera suspendido en el aire, manteniéndose sin esfuerzo alguno sobre la cabeza de Sara.

-¡Salomón! -gritó Sara gozosa-o ¡Cuánto me alegro de verte!

Salomón sonrió y asintió con la cabeza. -¡Qué hermoso eres, Salomón!

Las plumas de Salomón eran blancas como la nieve y relucían como si cada una de ellas fuera un diminuto reflector. Parecía mucho más grande y más resplandeciente que antes, pero no cabía duda de que se trataba de Salomón. Sara lo comprendió al mirado a los ojos.

¡Ven a volar conmigo, Sara! ¡Quiero enseñarte muchas cosas!

Y antes de que Sara pudiera responder afirmativamente, sintió aquel increíble impulso que había experimentado antes, cuando había volado con Salomón, y ambos se elevaron por el aire, pero en esta ocasión pasaron a gran altura sobre el pequeño pueblo. De hecho, volaban tan alto, que Sara no reconoció nada de 10 que veía.

La intensidad de la percepción de los sentidos de Sara era extraordinaria. Todo cuanto veía le parecía increíblemente bello. Los colores eran más intensos y maravillosos que nunca. El olor del aire era embriagador; Sara nunca había aspirado unos aromas tan maravillosos. Sara percibió los hermosos sonidos del canto de los pájaros, el murmullo del río y el silbido del viento. Los sonidos de móviles de campanillas y las risas infantiles que sonaban a su alrededor. El tacto del aire sobre su piel era calmante, gratificante y excitante. Todo tenía un aspecto, un olor, un sonido y un tacto delicioso.

-¡Qué bonito es todo, Salomón! -comentó Sara. Deseo que conozcas el inmenso bienestar que contiene tu planeta.

Sara no adivinaba 10 que Salomón le tenía reservado, pero estaba dispuesta y deseosa de ir a donde él la condujera.

-¡Estoy preparada! -exclamó.

y en un abrir y cerrar de ojos, Sara y Salomón se alejaron volando del planeta Tierra, muy lejos, más allá de la Luna, más allá de los planetas, incluso más allá de las estrellas. En un instante recorrieron años luz, hasta llegar a un lugar desde el que Sara pudo ver a su hermoso planeta girando y resplandeciendo a lo lejos, moviéndose en un ritmo perfecto con la Luna, los otros planetas, las estrellas y el Sol.

Mientras Sara contemplaba el planeta Tierra, una sensación de absoluto bienestar embargó su cuerpecito. Observó con orgullo cómo la Tierra giraba firme y sistemáticamente sobre su eje, como si bailara con sus parejas, todas las cuales conocían a la perfección el papel que desempeñaban en aquel magnífico baile.

Sara contuvo una exclamación de asombro. Contempla el espectáculo, Sara. Como ves, todo va bien. Sara sonrió y sintió que la envolvía el cálido viento de aprecio.

La misma energía que creó tu planeta, en un principio, sigue fluyendo a tu planeta para sostenerlo. Un flujo constante de energía pura y positiva fluye en todo momento hacia todos vosotros.

Sara contempló su planeta convencida de que lo que decía Salomón era verdad.

Echemos un vistazo más de cerca, propuso Salomón. Sara dejó de ver a los otros planetas, pero la Tierra relucía espléndidamente dentro de su campo visual. Vio con claridad la extraordinaria definición entre tierra firme y los mares. Las cosas parecían como si estuvieran subrayadas con un gigantesco rotulador, y el agua relucía como si debajo de la superficie hubiera millones de lucecitas, iluminando los mares para que ella los contemplara desde su perspectiva en el cielo.

¿Sabes que este agua que ha alimentado a tu planeta durante millones de años es la misma que lo alimenta hoy en día? Esto representa un bienestar de gigantescas proporciones.

Piensa en ello, Sara. Nada nuevo es transportado por tierra o aire a tu planeta. Los inconmensurables recursos que existen, siguen siendo redescubiertos por una

generación tras otra. El potencial para una vida espléndida sigue constante. Y los seres físicos descubren, en diversa medida, esa perfección.

Echemos un vistazo más de cerca.

Salomón y Sara descendieron hasta posarse sobre el mar. Sara aspiró el maravilloso olor del mar y comprendió que todo iba bien. Volaron más rápidamente que el viento sobre el Gran Cañón, una larga y gigantesca falla en la corteza terrestre.

-¿Qué es eso? -inquirió Sara asombrada.

La prueba de la constante capacidad de tu planeta Tierra de mantener el equilibrio. Tu Tierra busca continuamente el equilibrio. Ésa es la prueba.

Mientras volaban en torno a la Tierra aproximadamente a la misma distancia de la Tierra que los aviones, Sara disfrutó contemplando el increíble espectáculo que se abría a sus pies. ¡Qué cantidad de verdor, de belleza, de bienestar!

-¿Qué es eso? -preguntó Sara, señalando el pequeño cono que asomaba en un punto de la superficie terrestre y que emitía grandes nubes de humo gris y negro.

Un volcán, contestó Salomón. Mirémoslo más de cerca. y antes de que Sara pudiera protestar, descendieron hasta situarse a escasa altura sobre la tierra, volando por entre el humo y el polvo.

-¡Caray! -gritó Sara.

Estaba asombrada ante la sensación de bienestar que sentía a pesar de que el humo era tan denso que no alcanzaba a ver nada. Remontaron el vuelo, dejando el humo atrás, y Sara miró hacia abajo para contemplar el increíble volcán que no dejaba de escupir humo.

Siguieron subiendo, desplazándose para contemplar otro asombroso espectáculo. Se trataba de un fuego. Un fuego gigantesco. Sara vio unas llamas rojas y amarillas que se extendían a lo largo de kilómetros, en ocasiones ocultas por grandes nubes de humo. El viento soplaba con fuerza, disipando a veces el humo y mostrando las llamas, tras lo cual el humo se tornaba tan denso que durante unos momentos Sara no podía ver las llamas. De vez en cuando, vislumbraba a un animal que huía del fuego, y le entristeció comprobar que el fuego destruía el hermoso bosque y los habitáculos de tantos animales.

-¡Es espantoso, Salomón! -musitó Sara, reaccionando a las circunstancias que presenciaba.

No es sino otra prueba del bienestar, Sara. Otra prueba de que tu planeta Tierra busca el equilibrio. Si pudiéramos permanecer aquí el tiempo suficiente, verías cómo el fuego añade al suelo la nutrición que éste necesita. Verías cómo germinarían y florecerían nuevas semillas, y al cabo de un tiempo contemplarías el asombroso valor de este fuego, que forma parte del equilibrio general de tu planeta.

-Pero me entristece que los animales se queden sin hogar -replicó Sara.

No te compadezcas de ellos, Sara. Encontrarán nuevos hogares. No les faltará de nada. Son una extensión de la energía pura y positiva.

-Pero algunos morirán, Salomón -protestó Sara. Salomón se limitó a sonreír, haciendo que Sara sonriera también.

Te mesta superar el tema de la muerte, ¿'verdad? Aquí todo va bien, Sara. Sigamos explorando.

A Sara le entusiasmaba la sensación de bienestar que la envolvía. Siempre había pensado que el mar era traicionero, infestado de tiburones y restos de naufragios. Los reportajes de televisión que había visto sobre volcanes activos siempre la atemorizaban. Las noticias estaban llenas de incendios forestales y desastres, y entonces Sara comprendió que se había resistido a ellos con todas sus fuerzas.

Este nuevo punto de vista era mucho más tranquilizador. Esas cosas, que Sara siempre había considerado terribles, o unas tragedias, asumían ahora un nuevo significado al verlas a través de los nuevos ojos que Salomón le había proporcionado.

Sara y Salomón volaron durante toda la noche, deteniéndose para observar el increíble bienestar del planeta de Sara. Vieron nacer a un corderito lechal y a unos polluelos rompiendo la cáscara de los huevos. Vieron a miles de personas conduciendo coches, y sólo unas pocas tenían accidentes. Vieron a millares de aves trasladarse a climas más templados y a algunos animales de granja recubiertos por un pelaje más tupido para protegerse de los rigores del invierno. Vieron a unas personas recolectando los frutos de sus huertos y a otras plantando semillas en los suyos. Vieron cómo se formaban nuevos lagos y nuevos desiertos. Vieron cómo nacían personas y animales, y vieron cómo morían personas y animales. Y al contemplado, Sara comprendió que todo iba bien.

-¿Cómo voy a explicar todo esto a la gente, Salomón? ¿Cómo conseguiré hacerles comprender?

Ésa no es tu tarea, Sara. Basta con que lo comprendas tú, cariño.

Sara emitió un profundo suspiro de alivio y luego notó que su madre la zarandeaba suavemente. -¡Levántate, Sara! Hay mucho que hacer.

Sara abrió los ojos y vio a su madre inclinada sobre ella, y tras despabilarse, se tapó la cabeza con las mantas para ocultarse de esta nueva jornada.

Te aseguro que todo va bien, oyó decir Sara a Salomón.

Recuerda nuestro viaje.

Sara retiró las mantas con que se había cubierto la cabeza y miró a su madre con una sonrisa radiante. -¡Gracias, mamá! ---dijo-. Me moveré rauda como el viento. Todo irá bien. Ya lo verás. Enseguida me visto.

Su madre observó atónita mientras Sara saltaba de la cama y empezaba a moverse con agilidad y evidente alegría.

Sara descorrió las cortinas, abrió la ventana y extendió los brazos esbozando una sonrisa de oreja a oreja. -¡Qué día más hermoso! -exclamó, con tal entusiasmo que su madre la miró perpleja, rascándose la cabeza.

-¿Estás bien, Sara, tesoro?

-¡Perfectamente! -respondió Sara sin vacilar-o

¡Todo va de maravilla!

-Bueno, si tú lo dices, cariño... -respondió su madre tímidamente.

-Claro que lo digo -insistió Sara, corriendo hacia el baño y sonriendo de gozo-. ¡Estoy convencida de ello!